

Diez relatos desde el corazón de la crisis

Selección de los presentados al Primer Concurso
de Relatos Cortos para Mayores convocado por ADICAE



Diez relatos desde
el corazón
de la crisis

Edita:

ADICAE, Asociación de Usuarios de Bancos, Cajas y Seguros

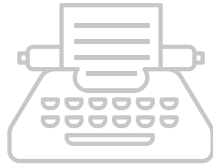
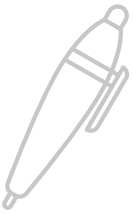
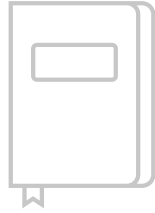
Servicios centrales: C/ Gavin 12, local. 50001 Zaragoza.

Colabora: Agencia Española de Consumo, Seguridad Alimentaria y Nutrición.
Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad.

Depósito legal: Z 1538-2016

Diez relatos desde el corazón de la crisis

Selección de los presentados al Primer Concurso
de Relatos Cortos para Mayores convocado por ADICAE



DIEZ RELATOS DESDE EL CORAZÓN DE LA CRISIS

¿Cómo ha cambiado la economía durante estos duros años de la crisis? ¿Cómo abusan de los consumidores los bancos y las empresas? ¿De qué modo las personas mayores se han convertido, en muchos casos, en el único sustento de las familias de sus hijos, expulsados del mercado laboral y, con frecuencia, súper endeudados?

Sesudos analistas, prestigiosos economistas y políticos en campaña electoral permanente ofrecen todo tipo de respuestas a estas preguntas. Pero en ADICAE hemos preferido dar la palabra a quienes, desde dentro de la crisis, pueden respondernos con historias nacidas del corazón... y que también nos lleguen al corazón.

Las diez historias que recoge este libro son una selección de las mejores que se han presentado al Primer Concurso de Relatos Cortos para Mayores convocado por ADICAE (Asociación de Usuarios de Bancos, Cajas y Seguros). Dado el gran nivel de los relatos recibidos —escritos todos por personas mayores de 55 años—, esta selección bien podría ser de veinte o treinta títulos. Pero, por razones obvias de espacio, hemos seleccionado solo los diez que el jurado ha considerado de mayor calidad. Y cuando hablamos de calidad, no solo nos referimos a la literaria, sino también —y sobre todo— a la humana.

ADICAE —asociación sin ánimo de lucro que lleva casi tres décadas luchando contra los abusos del sector financiero— pretende así que se nos cuente la crisis a través de la voz de algunos de los principales afectados: esas personas mayores que nos aportan el peso de su experiencia y, en muchos casos, historias en vivo y en directo sobre

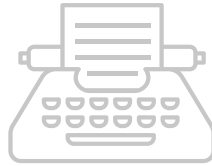
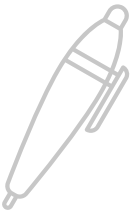
cómo ha cambiado su vida, y las de los suyos, por culpa de una crisis de la que no son en absoluto responsables. Una crisis agravada además por los abusos persistentes de muchas entidades financieras y empresas de todos los sectores.

Los autores de estos relatos son, en definitiva, quienes más saben de la crisis y su efectos sobre los consumidores. Y además han sido capaces de contárnosla como lo haría cualquier gran firma de nuestro panorama editorial. Espero que disfruten con la lectura de estos relatos, pese a la crudeza de algunos de ellos. Y que también obtengan valiosas experiencias, transmitidas a través de piezas literarias únicas y surgidas del corazón de sus autores.

Manuel Pardos
Presidente de ADICAE

ÍNDICE

La mazmorra	11
Yo confieso	17
Ese chico del mostrador	23
El hombre	31
Incidente en el vestíbulo	41
Mi amiga María	51
Pensamientos de una jubilada estresada	57
La Edad tiene la palabra	65
Avanzando	77
Mi amigo, el abuelo	85



LA MAZMORRA

por *SORGINTXO*

Los días transcurrían uno tras otro como vagones de tren enganchados a mi destino. Todos tenían el mismo color. En la distancia, podía observar cómo mi vida se había transformado penosamente. Sobreviví a la muerte de mi hermano. Su dramática desaparición no hizo sino sumirme en una depresión de la que nunca he salido. Las mañanas eran para mí una tortura en esta mazmorra que es la existencia. Cuenta los euros que te quedan, apunta en un papel todos los gastos a que tienes que hacer frente. Lloro, lloro porque no te llega. “De nuevo tendré que pedir prestado para poder pagar los recibos”. La última vez, nos cortaron la luz. El agua, me la perdonaba el alcalde. La comida, en parte donación de la Cruz Roja... Todo así.

Recuerdo cuando teníamos un buen vivir. Mi marido ganaba bien en el ladrillo. Yo tuve aquel dramático accidente que me dejó medio tullida, con la columna hecha trizas y pocas ganas de vivir.

Hacía poco que mi hermano menor murió. Apareció tirado en la alfombra, blanco, con un semblante relajado; parecía que durmiese. “Sobredosis”, dijeron. Toda mi lucha por sacarlo adelante se fue por el sumidero de la vida, y un trozo de mí, detrás de él.

Escucho el rumor del viento y el canto estridente del petirrojo que anuncia el otoño. Miro mis manos, ajadas y deformadas por los años de trabajo con la salmuera. De nuevo, el viento. Las hojas amarillentas caen en una lluvia fina que simula confetis.

No he tenido suerte en esta existencia. La aspereza del día a día se vio acentuada cuando Enrique perdió el trabajo. La explosión de la bur-

buja lanzó por los aires miles de esperanzas, miles de vidas. Los jóvenes tuvieron que emigrar; los viejos nos quedamos a sufrir sus consecuencias. Con una miserable pensión que me quedó tras el accidente y la pequeña ayuda de 426 euros que percibía Enrique, tuvimos que hacer frente, de pronto, al pago de la hipoteca de nuestra casa, a comer y cubrir todos los gastos mínimos de electricidad, impuestos, comunidad...

Nos metieron a juicio por no pagar estos últimos. De nuevo tuve que pedir prestado. Menos mal que en la vida siempre hay gente con el suficiente corazón para hacerla soportable, y me ayudaron. Pero la bola de nieve se hacía más y más grande, a punto de asfixiarnos en su textura brutal.

Yo, que había amueblado mi casa con el esfuerzo del trabajo, me veía en una suerte de mendicidad, de humillación continua...

Aprendí a despiezar un pollo para poder hacer croquetas, un caldo y un guisado. En invierno, los cocidos no faltaban en mi mesa.

La pasta llenaba platos de desesperanza... El gas se acabó. No lo podía pagar. Gracias a que teníamos chimenea y mi leñera se llenó de madera donada en un pueblo cercano. De este modo, calentábamos la casa. Nada de horno, nada de lavavajillas. Aprendí a liar los cigarrillos con destreza. La ropa me la daban en una asociación que se ocupaba de los más desposeídos.

En cuanto a la alimentación, nada de carne, si acaso algo de cerdo de vez en cuando. El pescado, el más barato...

Pasaba el tiempo y la situación no variaba; si acaso, empeoraba...

Las nubes pasan con premura, como compitiendo entre ellas por llegar a no se sabe dónde: grises, blancas como espuma, vuelan veloces, deslizándose en el azul rabioso. La inmutable naturaleza, en su diaria monotonía, parece no saber nada de nuestras inquietudes... de nuestros miedos.



Nuestras relaciones se convirtieron en un infierno. Nuestra amargura llenaba aquellos huecos que explotaban a la mínima contrariedad. Lanzábamos nuestra frustración contra el otro en un intento de salvar los muebles de nuestra dignidad. Era grotesca aquella situación y, al ver pasar los años, comprendimos que aquello se había convertido en nuestro modo de vida y que no saldríamos de ella. Nos había atrapado la mediocridad y la pobreza y no teníamos otra escapatoria que adaptarnos a vivirla día a día. “¡A pasear, que es gratis!”.

Los jóvenes tenían la oportunidad de salir del país a buscar otros destinos, a veces tan miserables como el que habían dejado en España. Pero tenían la vida por delante. Nosotros, en cambio, no teníamos futuro, sino el del desamparo y la miseria.

Me reventaba la cabeza pensando qué sería de nuestra vida en un futuro incierto, si cuando esto no iba a mejor... Mi rabia interior se convertía en odio. Odiaba mi destino, odiaba aquel papel que me había tocado en la representación del teatro de la vida. Como yo, tantos otros.

Las volutas de humo se elevan, estrellándose contra el techo; disolviéndose en la nada de la monotonía. Mis pensamientos se unen a ellas y se funden, igualmente.

Intenté buscar algún trabajo, pero en vano. Eran incompatibles con mi pensión y no podía permitirme el lujo de perderla, aun mísera, ante la incertidumbre del mercado laboral.

El mundo cerraba la puerta en mis narices y no encontraba consuelo. Comencé a somatizar todo tipo de males. Si mi estado era ya delicado, con una medicación diaria para paliar los riesgos de trombosis, se me añadieron otros muchos más, fruto, a buen seguro, de mi amargura.

Nuestras relaciones personales se enturbiaron hasta el punto de vivir como extraños bajo el mismo techo. Las miserias propias convivían en un círculo vicioso que retroalimentaba la desazón y la desesperanza.

Así un día tras otro....

Ante la indiferencia por la gente de este gobierno, se enroscaban en mi mente, como una culebra gris, las ganas de salir, con los puños cerrados y matar. Sí, matar. Era tal el sentimiento en mi corazón que me atrapaba, que se había corrompido como fruta madura y su hedor agrio se infiltraba por mis venas, haciendo de mí un caldo imposible de paladear, de una consistencia burda y corrosiva.

En ocasiones, el mes se despedía dejando en mis bolsillos uno o dos euros. A veces, ni eso. Pero, curiosamente, ya no sufría apenas. Me adaptaba a la situación e ideaba mil y un recursos para fraccionarlos en céntimos, en montoncitos. Sí, siempre llevaba alguna moneda de céntimos para darle al negrito que se sentaba a la puerta del supermercado, o le sacaba una lata de sardinas y pan. Esto último me reconciliaba conmigo misma, porque al ejercer la caridad con otros devolvía al mundo el desprecio que me escupía. Siendo generosa con los más desposeídos, acrecentaba mi ego y rescataba mi dignidad. La solidaridad hace extraños compañeros de cama.

No soporto el ruido del viento. Me molesta profundamente.

Quiero emerger; quiero pegar una patada en el fondo de la existencia y sacar mi cabeza al exterior. Quiero dar bocanadas de oxígeno como un pez sobre el resbaladizo verdín del muelle. Pero no encuentro la salida. Me envuelve una extraña atmósfera azul, densa y húmeda, que me atrapa en su inmensidad líquida.

Quiero, pero no puedo. No me había dado cuenta hasta hoy de lo difícil que es salir de la muerte civil; de esta vida eterna que no vislumbra mejoría, ya que nuestro camino converge en la miseria de la



vejez; y de ahí, la muerte. Todo ello, en una suerte de eternidad, de perpetuación de la decadencia y la miseria.

Y ya lo confundo todo, en la niebla densa de mis pensamientos que se funden al unísono con mi existencia. Ya no sé cuál es pesadilla y cuál es realidad.

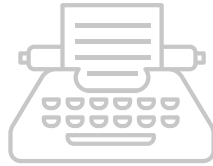
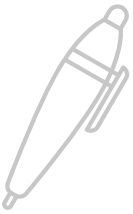
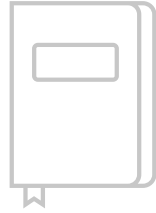
Cada mañana abro los ojos e intento salir, escapar; volar con el viento como una hoja rojiza de arce. Fundirme con la lluvia, corretear entre las rocas; filtrarme entre sus pliegues y renacer con el torrente, con el manantial que se encamina a la mar. Ser libre al fin, en la inmensidad con sabor a salitre y espuma...

Pero de la muerte, no se vuelve.

EPÍLOGO

A todos esos supervivientes que luchan día a día por seguir existiendo en esta sociedad injusta y cruel que cree más en el beneficio propio que en bienestar del pueblo. A todos esos triunfadores que acarician los ceros de sus cuentas bancarias impasibles ante el desgarrado grito de petición de auxilio de seres humanos que van marchitando su vida repleta de privaciones y miserias... A todos ellos y a cada uno, para que cuando se sumerjan en el inmenso océano de la muerte, sientan la asfixia que iguala a los seres humanos.

A todos ellos.



YO CONFIESO

por DAAAC3490

“Odia el delito, compadece al delincuente”

Concepción Arenal

Muy señores míos:

En relación a la oferta de colaboración para su sede en Zaragoza, me pongo en contacto con ustedes a fin de...

Hace días que me ronda por la cabeza escribir esta carta para ADICAE. Tengo sobre la mesa de mi escritorio la información de qué es esta Asociación. Realmente no necesito saber qué hacen, ni a qué se dedican. Lo sé perfectamente y desde hace años. Son, “... esos, los de ADICAE”. Pero ahora no me basta con saber que son: “ellos”. Necesito -lo necesito- saber cómo son, ponerles caras y nombres, respirar el aire que respiran, mirarles a los ojos, escuchar sus voces y discursos, ver su luz. Quiero que dejen de ser para mi los que durante años han estado “al otro lado”. ¿O quizá fuera yo quien estaba al “otro lado”?

Pero a la vez estoy seguro de que ellos, cuando conozcan mi historia y quién he sido, también querrán saber quién soy yo en realidad. Ponerme cara, saber mi nombre, escuchar mi voz, mirarme a los ojos, incluso ver mi luz.

Aunque en el fondo de mi ofrecimiento debo confesar que sólo quiero saber, quién soy yo. Quién he sido durante todos estos años, y quizás algo más que no sé si me atreveré a preguntar.

Siento, como el replicante Roy Batty en *Blade Runner*, la imperiosa necesidad de decir:

“He visto cosas que ustedes nunca hubieran podido imaginar...”

He visto ejecuciones hipotecarias fraudulentas basadas en liquidaciones de préstamos maliciosamente falseadas con cargos indebidos para llegar a las tres cuotas impagadas.

He visto cesiones irregulares de préstamos a otros acreedores para que pudieran acosar a un deudor con escasa liquidez y hacerse codiciosamente con sus bienes.

He visto desahucios y lanzamientos. He instado el desahucio de una joven viuda con dos hijas pequeñas, cuyo único delito era su propia ignorancia al firmar, con su marido como avalista, el préstamo de un amigo que no lo era tanto. Fallecido el marido al poco tiempo, la amistad desapareció y quedó su piso como única solvencia. Es posible que ese día mi corazón llorara por dentro, pero sólo es posible. No lo sé.

“Un tonto con un lapicero”. Así es como llamamos a los avalistas, haciéndoles creer que lo único que hacían era manifestar que su avalado era una “buena persona”, una persona de fiar que nos pagaría sin problemas. Pero en realidad estábamos obligándoles a comprometer todos sus bienes a favor de su amigo, como único medio para conceder y autorizar el préstamo.

He visto, en despachos de bancos, intervenir pólizas sin la presencia de fedatario, el cual mandaba a un propio, una vez a la semana, para que el Sr. Corredor diera fe de todas las firmas, sin que nadie le molestara y a cambio de una bonita cesta de Navidad.

He visto listados de clientes, con sus nombres y apellidos, usuarios



de tarjetas de crédito en locales de prostitución, salones de masajes y casinos. El pretexto de esa intromisión intolerable en la intimidad de una persona era igual de intolerable, pero justificado por los “hombres buenos” que dirigían los destinos de la entidad.

He visto cientos de declaraciones de bienes firmadas en blanco, transferencias firmadas en blanco, autorizaciones para el cobro de pensiones firmadas en blanco, incluso hojas de papel firmadas en blanco por incautos a los que, con la euforia de que se les concedía un préstamo, se les ponía delante una serie de documentos y “papeles” cuya transcendencia futura ellos desconocían y que firmaban sin leer ni rechistar. Y he visto usar esos documentos en su contra.

He visto a empleados de entidades falsear, falsificar firmas en contratos abiertos de forma irregular sabiendo que esos “pobres prin-gaos” no iban a reclamar. Ignorantes y pobres. Eran tan ignorantes que carecían de inteligencia suficiente para saber que necesitaban de un asesor para defender sus derechos. Y lo sabíamos. Tan pobres que carecían de dinero para costear su defensa. Y lo sabíamos, pero temíamos que consultaran a ADICAE.

He visto falsificar firmas de personas fallecidas en beneficio de la empresa.

Todas esas cosas he visto, y algunas más que no recuerdo, porque la prepotencia y la arrogancia de vivir junto a un poderoso hacen que todo parezca justificado y justificable, porque para algunos el fin siempre ha justificado los medios.

He visto personas desesperadas amenazarme de muerte. Sólo los comprendí cuando me di cuenta de que de la indignación a la desesperación hay un paso, pero de la desesperación a la violencia sólo hay medio. Pero yo era fuerte e intocable junto a “mi señor” fuerte y poderoso.

He visto testigos dando testimonio bajo juramento de cosas y hechos que nunca vieron, y de los que nunca supieron. Bien instruidos y con la lección aprendida para la ocasión.

He visto tantas cosas.

Y ahora, desnudo frente a ustedes, con los brazos y hombros caídos por el peso de los muchos años, siento la necesidad real de confesarlo todo. Ahora que quizá ya es tarde para reparar el daño y, sobre todo, el sufrimiento causado. Ahora que sé que sí, que mi corazón lloró con el desahucio de la viuda y las dos niñas de inocente mirada. Ahora que sé que nunca pude enjugar las lágrimas de aquella viuda caídas sobre mi mesa y sobre mi conciencia, que siento que también sufrí siendo el martillo y la espada de un “todo poderoso”. Ahora confieso.

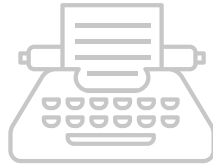
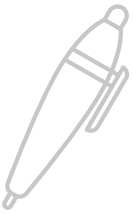
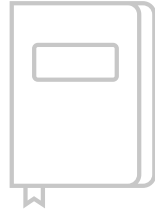
Lo confieso con la esperanza de que la propia confesión me libere por fin de remordimientos todavía presentes. Digo, a los solos efectos de mi estricta defensa, que estaba sometido a obediencia debida. Que mi familia y yo también necesitábamos llevar un sueldo a casa para pagar nuestros gastos y sobrevivir.

Espero que no vean en mí a un hombre malvado y perverso, sino a alguien que banalizó el mal, como entendió Hannah Arendt, aunque fuera en el juicio del criminal de guerra Adolf Eichmann. Sólo cumplía con mi deber, con mi obligación, con lo que se esperaba de mí.

No he sido verdugo y si lo he sido, lo he sido tanto como víctima. Así que finalmente me atreveré a preguntarles a ustedes, a esos que están al otro lado, si pueden compadecerme como víctima sin juzgarme como verdugo. Sólo así podré seguir escribiendo mi carta de ofrecimiento, mi colaboración expiatoria.”

P.D. Esto es sólo una historia. Una historia contada por alguien que cuenta historias. O quizá no.





ESE CHICO DEL MOSTRADOR (LA PERVERSIÓN DEL SISTEMA)

por RODOLFO GARCÍA

Como cada mañana, Antonio Sánchez se dirigió hacia la fontanería en la que trabajaba desde que entró de aprendiz. De eso hacía ya quince años. Pasó por delante de la entidad financiera del barrio en la que tenía depositados sus ahorros, y pensó que quizás “un día de estos” debería pedir permiso a su jefe para tratar un asunto importante.

Había decidido que ya era el momento de casarse con Conchita, su novia de toda la vida. Estaban mirando pisos y, como es lógico, no podían comprarlo en efectivo, por lo que no les quedaba más remedio que pedir una hipoteca al banco. Dicho y hecho. Nada más llegar al trabajo, se dirigió al Sr. Trueba, le explicó lo que llevaba en mente, y su jefe le concedió el permiso. Unos días después, se personó en la oficina bancaria y se dirigió directamente a “ese chico del mostrador” que siempre le atendía con tanta amabilidad.

— Buenos días, señor Marín.

— Buenos días, señor Sánchez. ¿Qué le trae por aquí?

— Pues verá, como usted sabe, hace tiempo que festejo con Conchita, y por fin hemos decidido casarnos.

— Le felicito, ya iba siendo hora. Algún día me tocará a mí, aunque yo soy algo más joven que ustedes.

Los tiempos eran los que eran, nada más y nada menos que a mediados de los años setenta. Franco acababa de morir y en aquella España pre-democrática todo estaba en ebullición. Desde la política, a las relaciones laborales, los usos y costumbres, las fiestas y compor-

tamientos de la vida cotidiana, los medios de comunicación en prensa escrita y televisión... Y, por supuesto, el sexo, con el consiguiente “destape”, tanto en el cine como en el teatro. Por fin ya no habría que cruzar los Pirineos. En definitiva, se respiraban aires de libertad.

— *Mire Sr. Marín. Hemos visto varios pisos, y en general puede decirse que rondan el millón de pesetas, dependiendo, claro está, de los metros y la zona. El banco, ¿cuánto nos podría prestar?*

— *La normativa actual aconseja que debemos dar “un máximo del sesenta por ciento” del valor de tasación. Así que en su caso, si estamos hablando de un millón de pesetas, el banco le prestaría seiscientas mil pesetas.*

— *¿Y a qué plazo y tipo de interés?*

— *El tipo de interés, si lee usted la prensa, oscila entre un trece y un quince por ciento. Y en cuanto al plazo, como máximo quince años, y en algunos casos, con uno o dos años de carencia, ya incluida en los quince años.*

— *Por lo tanto, las cuatrocientas mil pesetas restantes, debería entregarlas yo a la constructora. ¿No es así?*

— *Efectivamente, así es Sr. Sánchez. Pero bueno, yo veo que su libreta presenta un saldo que, con un poco más de esfuerzo, probablemente le permita afrontar bien la situación. Mi consejo es que miren una vivienda, pero no de las que ya están terminadas, sino de obra nueva, es decir de las que están todavía en los cimientos. De esta manera podrán elegir el piso que más les convenga y, lo que es más importante, tendrán más tiempo para poder ahorrar las cuatrocientas mil pesetas. En estos tiempos los pisos tardan unos dos años en construirse, pero con esto de las huelgas, prácticamente transcurren dos años y medio hasta que te entregan las llaves. Cuando tengan algo más concreto, se pasen por aquí, y ya podremos hacer las cuentas con más precisión. De todas maneras, supongo que su novia, que también trabaja, tendrá algunos ahorros.*

— *Así es, algo menos que yo, pero lo importante es que la suma de ambos sea suficiente. Ya sabe usted que no es sólo la hipoteca. Están los gastos de*



la boda, amueblar el piso y, por supuesto, el viaje de novios. A mi novia le haría mucha ilusión ir a las Baleares o a las Canarias, y así de paso iríamos en avión por primera vez.

— Pues lo dicho Sr. Sánchez, a seguir trabajando con ahínco y, por supuesto, a ahorrar. Que tenga un buen día.

Salió contento Antonio de la oficina, aunque también es cierto que con preocupación. Jamás se había embarcado en semejante aventura financiera y, aunque el trabajo no faltaba en la carpintería, nunca se sabe cómo pueden terminar las cosas. Al fin y al cabo, quince años de plazo son “muchos” años. Pero si algunos de sus amigos habían salido adelante en situaciones similares... ¿por qué no iba a poder hacer él lo mismo? Por la tarde lo comentó con Conchita y ésta lo tranquilizó. Lo importante era que ambos estaban de acuerdo en tomar la decisión, y no pensaban escatimar esfuerzos. Y lo más importante: se querían.

Visitaron mil y una obras, y finalmente se decidieron por la que más les gustó, no sin alguna que otra discusión. Por lo tanto, volvieron un día al banco para que les atendiera “ese chico del mostrador”.

— Buenos días, señor Marín.

— Buenos días, señor Sánchez. Supongo que su acompañante es su novia. Y ya me imagino a lo que vienen.

— Efectivamente. Es mi novia Conchita, y sí, es cierto, venimos a concretar lo de la hipoteca. Aquí tenemos una oferta en firme de la constructora, con las condiciones de pago. Como verá, el precio ronda el millón de pesetas.

— Bueno, supongo que ya sabe que a este importe hay que añadirles los correspondientes impuestos, gastos de notaría y registro.

— Lo suponía. ¿Y eso a cuánto asciende?

— Depende de si usted se subroga con la entidad en la que la promotora tiene el préstamo, o si usted pide el préstamo a otra entidad distinta. En cual-

quier caso, para que no le coja de sorpresa, alrededor del diez por ciento del precio por el que escrituren.

— Bueno, pues háganos los cálculos, para un préstamo a quince años.

— Vamos a ver, estamos hablando de un préstamo en torno a seiscientas mil pesetas, a un máximo de quince años, y a un interés del quince por ciento. La cuota mensual les saldría sobre unas ocho mil cuatrocientas pesetas, siempre y cuando se mantenga el mismo tipo de interés. Naturalmente, pueden escoger entre un tipo fijo o variable.

La cara de perplejidad de Antonio y Conchita lo decía todo. “Alguien” les dijo que en el peor de los casos, unas siete mil pesetas, y aquella cifra les dejó un poco fríos. No obstante, estaban decididos y, si era preciso, ya escatimarían gastos en otras necesidades menos apremiantes. Tomaron nota de los documentos y justificantes que les pedían en el banco y quedaron en volver cuando la obra estuviera a punto de terminarse.

Unos días después, firmaron el contrato con la constructora, fueron pagando mensualmente las cantidades acordadas y, tras más de dos años, se acercaron nuevamente al banco. El Sr. Marín les preparó la documentación y unos días más tarde, a la entrega de llaves, firmaron la hipoteca. Se casaron y tuvieron dos hijos. Su vida transcurrió con los avatares propios de cualquier matrimonio.

Con el tiempo, Antonio logró independizarse y creó su propio negocio. Continuó siendo cliente de la oficina; “el chico del mostrador” fue ascendiendo profesionalmente, pero no siempre podía atenderle, porque tenía otros cometidos más importantes, aunque sí que se saludaban cordialmente. Aquella primera libreta con la que terminó de pagar el préstamo ya no era el único producto que le habían “colocado”. Después tuvo un plazo fijo, tarjetas de crédito, algún que otro préstamo personal a raíz de la creación del nuevo negocio, compró



Pagarés y Letras del Tesoro, fondos de inversión, e incluso un plan de pensiones, porque todo parecía indicar que el futuro no estaba nada claro. Incluso llegó a comprar una cantidad importante de “preferentes”. Antonio preguntó en la entidad por ese producto, y le comentaron que era “algo así” como un plazo fijo, pero a un interés superior. También preguntó por la seguridad, y le contestaron que, hasta la fecha, nunca había habido problemas.

Afortunadamente, aunque con altibajos, el negocio funcionaba. Sus hijos fueron creciendo, y un día el hijo mayor les dijo a Antonio y Conchita que quería independizarse e irse a vivir con su novia. Y como trabajaban ambos, querían tener un piso propio. Antonio se ofreció a acompañarles al banco. Así lo hicieron, preguntó por el señor Marín, porque entendía que el asunto era importante, pero le dijeron que ya no estaba en esa oficina, porque “aquel chico” ahora ocupaba un cargo importante en la oficina principal. Les atendió otra persona, pero ya no era lo mismo o, al menos, eso es lo que le pareció a Antonio. Esa persona les dijo que el banco podía darles el ochenta por ciento del valor de tasación (y no el sesenta, como le sucedió a Antonio años atrás). De entrada, no era una mala noticia. Incluso les podrían dar el cien por cien, siempre y cuando avalaran Antonio y su esposa, o los padres de la novia. Esta situación ya no le sedujo tanto a Antonio. Con las cifras que tenían con relación a la vivienda que pensaban comprar, les hicieron un cálculo de la cuota, para un préstamo a veinticinco años, y no a quince, como fue su caso. Casi se desmayan. Les calcularon nuevamente la cuota, a treinta, treinta y cinco, e incluso a cuarenta años. Indudablemente la cuota variaba a la baja, pero aquello sí que era hipotecarse para toda la vida.

¿Cómo era posible que treinta años atrás, con una situación económica, laboral, social y política insostenible y una inflación incontrola-

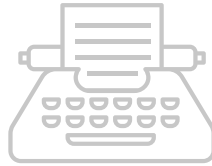
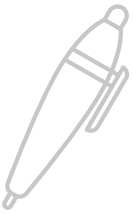
da, se pudieran afrontar retos que ahora, en unos tiempos de modernidad y prosperidad nunca antes alcanzados, parecían más difíciles, ya que las posibilidades de poder pagar un préstamo se complicaran tanto?

Indudablemente, algo había fallado. El mundo del ladrillo se había desorbitado. Se construyeron más viviendas de las que se necesitaban con fines únicamente especulativos, y el ritmo de crecimiento del precio de la vivienda estaba totalmente descompensado con el IPC y las subidas salariales. Llegó un momento en el que el desfase entre ambas variables fue tan brutal, que las posibilidades de poder aspirar a comprar un piso quedaron reducidas casi a cero. Las consecuencias, ya las conocemos.

Por si fuera poco, “las preferentes” de Antonio acabaron siendo lo que todos sabemos. Actualmente, Antonio continúa en pleitos, aunque parece ser que no pintan tan mal las cosas como al principio. Lo peor fue que un día Antonio se enteró de que la persona que dirigió en la sombra la colocación del producto, era ni más ni menos que “el chico del mostrador”.

Antonio fue a verle a su flamante despacho de la oficina principal, y los hechos que allí sucedieron, fueron de tal magnitud que no pueden relatarse. Pero, como diría Kipling, eso es ya otra historia.





EL HOMBRE

por *CAPITÁN ESCARLATA*

UNO

— *Vengo a comprar un préstamo.*

Por un instante la cara del director de la sucursal bancaria mostró su perplejidad, aunque rápidamente adoptó su habitual expresión de falsa cercanía y naturalidad.

— *Bueno, claro... Será pedir un préstamo, ya sabes —siempre nos habíamos tuteado.*

— *Pienso pagarlo. Creo que lo más acertado es lo que he dicho. Quiero comprar un préstamo. Si lo tienes y me gusta, me lo vendes y te lo pago. Seguro que lo cobraréis con creces.*

Ahora sí percibía una cierta tensión en él. Mis palabras le obligaban a responderme con un tipo de argumento que no estaba en su repertorio habitual. Dejó de mirarme fijamente para dirigir su mirada de un lado a otro de su mesa, como buscando algún documento. Inició unas risitas. Se fijó en un lápiz de un tarro de su escritorio y, mientras lo cogía, hablaba lentamente debido al esfuerzo de elegir las palabras más adecuadas para la situación. El lápiz se le fue de las manos, lo soltó y lo dejó sobre la mesa, encima de unos folletos.

— *Bueno... Primero se solicita el préstamo —había cambiado el verbo pedir por solicitar, que era más considerado hacia mí—. Se hace un estudio personal de la situación económica, de las garantías que ofrece la persona...*

Y después, si es factible, se concede. Es más complicado que una simple venta —parecía aliviado por haber terminado.

— No digo que sea simple. Cuando voy a comprar un coche también me solicitan la nómina y ven si puedo atender sus condiciones. Cuando llego no les pido ni les solicito un coche. Les digo que quiero comprar uno. Se frotan las manos, ante mí o ante cualquier otro interesado. Hasta me dejan montar y me dan un paseo. Comprueban mi solvencia y me lo venden. Os quiero comprar un préstamo. Cuéntame las condiciones, comprueba que puedo pagarlo y véndemelo. Trátame como un cliente y no como a alguien que viene a pedir sin intención de devolver.

— Vale, vale. Estamos de acuerdo —dijo cediendo, ya que no salía del apuro en el que se encontraba. Volvió a colocar el lápiz en el tarro—. Es la costumbre y el día a día, ya sabes. Muy bien, muy bien ¿De qué cantidad estamos hablando y para qué es el dinero.

— Es para, a su vez, comprar una casa. Si os dejara de pagar os quedaréis con ella. Es lo acostumbrado, y un gran negocio para vosotros lo mireis como lo mireis. Vamos a los datos.

Mantuve esta conversación hace ya unos veinte años. Tengo la suerte de poseer un empleo fijo y suficientemente pagado, así que el préstamo me fue *concedido*. Compré la casa y pagué hasta el último céntimo del préstamo, claro está. Hoy en día, como entonces, no dejo de sentirme incómodo cada vez que voy al banco para aclarar algún recibo o alguna extraña e insospechada comisión por algo. Siempre acabo tropezándome con el eterno director, que me inquiera, eternamente jovial y con una risita tonta:

— ¿No necesitas algún préstamo? Si te hace falta, ya sabes. Eres buen pagador. Ji, ji.



DOS

Hoy he recordado a una persona que hace tiempo dejé de ver. Por televisión estaban comentando un caso de desahucio. Un caso más. Hay tantos que nuestra mente ha ingeniado mecanismos de defensa para no verse afectada ni molestada. Puedo dejar de atender la noticia concentrándome en el sabor y frescor de la cerveza que tomo, mirando hacia cualquier rincón de mi salón o, más activamente, cambiando de canal con el mando a distancia. Esta última facilidad nos permite cambiar, tanto de forma real como virtual, el inmediato y fastidioso presente. Pero esa vez llegué tarde al botón y tuve tiempo de intuir algo que desencadenó mi recuerdo. No sé si fue la fugaz visión de alguna prenda de vestir de uno de los afectados por el desahucio del día para esa cadena de noticias, alguna cabellera encanecida o, tal vez, algún gesto o expresión previamente registrado en mi memoria.

Lo recordé a él. Al hombre. Así lo denominábamos mi mujer y yo. El hombre. Nunca supimos mucho de él. Por no saber, no sabíamos ni cómo se llamaba. Apareció una mañana, pasado el mediodía, antes de nuestra hora de almorzar. Llamaron a la puerta y abrí para encontrarme con una persona muy mayor, camino de ser anciano, por toda apariencia en edad de no trabajar ya. Se presentó dándome las buenas tardes y se disculpó por tener que molestarme. Pedía limosna. Me dijo que vivía recogido y que comía en un albergue de la vecina ciudad, pero que se veía obligado a tener que pedir para poder disponer de algún dinero con el que hacer frente a su situación de pobreza. Desde el principio me chocaron sus formas, extremadamente correctas, por lo que deduje que había tenido acceso a una buena educación. Lo atendí y le di dinero. Puede que cinco euros. Me lo agradeció, emocionado, y se marchó.

Cuando le conté el episodio a mi mujer, se le iluminó la cara. Al describirle a la persona, me dijo que ella también lo había atendido hacía un par de semanas. Como era un suceso sin importancia en nuestras vidas, había olvidado comentármelo. Coincidíamos en lo peculiar de su discurso y en la rareza del caso, por lo educado de sus formas. La generosidad de mi limosna fue bien acogida por mi esposa. Quiero recordar, vagamente, que ella también había sido generosa.

Pasaron unos días y el señor volvió a llamar a nuestra puerta. Lo empezó a hacer con regularidad. Aproximadamente cada dos o tres semanas. Siempre sobre la misma hora. Siempre correcto. Siempre modestamente vestido aunque lo suficientemente bien como para no parecer un pobre. Siempre con varias palabras de agradecimiento. Una vez lo atendía yo, otras mi mujer. Lo empezamos a llamar *el hombre*.

— *Hoy ha venido el hombre. Le he dado cinco euros, o diez. Me ha dicho que nuestra ayuda le viene muy bien y que lamenta molestarnos. Me ha dado saludos para ti.*

Una de las veces que estaba atendiéndolo en la puerta de mi casa, pude vislumbrar a un vecino que, a sus espaldas, me hacía gestos con la mano indicándome que no le diera nada. Yo no atendí la sugerencia del vecino y, durante la temporada que el hombre acudió a nuestra casa, seguimos con nuestra, aunque grande para él, pequeña e insignificante ayuda. Eso pudo durar uno o dos años, no más. De la misma forma que apareció, un día dejó de acudir y no volvimos a verlo. Nos preguntamos por él, pero, al no conocer nada de su vida, no podemos nada más que imaginarnos posibles situaciones. No sabemos si vive ni en qué condiciones lo hace. El hombre ha salido de nuestra vida. Tendemos a pensar, dada su edad, que puede haber fallecido.

Tampoco hablé nunca con mi vecino para que me aclarara algo de él. No quise implicarme. Tal vez me hubiera proporcionado va-



liosa información sobre un supuesto tunante, o me hubiera salido con algún manido argumento sobre lo impropio de atender a pobres que ya están siendo atendidos por el Estado. En algún rincón de mi mente, y a pesar de mi escasa solidaridad para con los marginados, me sentía mejor sabiendo que lo ayudaba un poco.

TRES

Tras recordar al hombre he tenido un sueño hace unos días. Este sueño ha actualizado y deformado, como hacen los sueños, algo que llegó a manifestarme en una de las ocasiones que lo atendí. Apenas fueron algunas frases. No llegó a una auténtica conversación. Ya digo que apenas conocíamos algo de su vida. Tan sólo que se desplazaba en autobús desde la ciudad más cercana a la nuestra, que comía en un albergue y que, o dormía en algún lugar como el albergue o lo hacía en la calle. Apenas más. Tan sólo el detalle que avivó mi recuerdo y pudo desencadenar mi sueño. La única vez que habló de algo más personal hizo algunos confusos comentarios acerca de perder una casa. Fue algo así:

— Toda la vida pagando la casa para que al final se la quede el banco. Te quedas sin nada. Todo para nada. Gracias. Muchas gracias. Me hacen ustedes mucho bien. Dios se lo pague. No le molesto más. Y dele las gracias también a su señora.

Y, como hacía cada vez que venía, emprendió el que, calculo, sería su recorrido habitual tras pasar por nuestra casa, dirigiéndose a otras en las que se sintiera atendido.

¿Tuvo una casa alguna vez? Lo ignoramos. Pero aquel comentario parecía apuntar a esa posibilidad. Y ese comentario, años después, apareció representado en uno de mis sueños, hace pocas noches. El sueño alargó aquella conversación y la cuajó de detalles. De alguna forma, mis pensamientos sobre el hombre habían permanecido en mi

inconsciente –a veces, también en mi consciente– y florecieron en el sueño, que se centró en una dramática conversación. Una conversación que nunca tuvo lugar, y que me resulta inquietante, tanto por ser un tema olvidado como no resuelto.

El sueño empieza en el rellano de la puerta de mi casa, donde recibo al hombre, que me habla de su pasado. Ha sido ayudante o subalterno en alguna bodega, chófer de algunos jefes, empleado ocasional en un ayuntamiento...

– *Ha trabajado usted lo suyo* –digo, por toda respuesta.

Me mira y parece evocar interiormente su historia. Sus ojos han adquirido cierto brillo, como si el recuerdo por lo vivido, lo ganado, lo sufrido y lo perdido, se le presentara de repente. En algún lugar de su cerebro las neuronas de su memoria afectiva se han activado y se conmueven.

– *Lo hice* –habla muy despacio–. *Desde el servicio militar no he hecho otra cosa. Me ha ido muy bien, hasta que hace unos años... se acabó. Perdí hasta el piso.*

– *No lo pudo pagar, me imagino. El banco se quedó con él* –en mi sueño, al contrario que en la vigilia, voy al grano.

– *No, no... Sí lo pagué. Lo pagaba. Lo pagué casi todo... casi todo lo que me dio tiempo. Todos los meses de cada año... hasta que me despidieron. Entonces dejé de hacerlo. Me faltaba poco.*

– *¿No le ayudó nadie? ¿Ningún familiar?*

– *Nadie. Yo no tengo familia. Nunca la tuve. Y amigos, tampoco muchos. Muy pocos. Y estaban muertos o se habían ido lejos. Mis jefes también estaban muertos. Me habían despedido sus hijos, que no me concedieron ni el paro.*

– *¿No le corresponde ninguna paga?*

– *Con lo que me quedó no podía hacer nada. Hablé con el banco. Hablé con el interventor. Le dije que no me lo quitara entero.*



— ¿Entero?

— Claro. Le dije que se quedara con la salita, que no me importaba. Yo, con el dormitorio, la cocina y el baño me hubiera apañado, y que eso sí estaba pagado. Porque yo había pagado mucho del piso, aunque no fuera todo. Me habría llevado la televisión al dormitorio o a la cocina, y podría haber entrado en el piso por la cocina —ahora, en el sueño, el televisor encendido, sin mirarlo, sólo escuchando y con la mirada hacia el rincón de enfrente.

— ¿Y qué le dijo el del banco?

— Que no podía ser —ahora habíamos dejado la puerta de mi casa y seguíamos la conversación en su cocina—. Que no era legal. Que yo no había comprado el piso. Que el piso era del banco. Yo creo que eso no es justo, que la ley no está bien hecha. Si no he pagado el piso... ¿qué he pagado? Y si el piso no era mío... ¿por qué no me devolvían lo que había pagado esos años?

Yo miraba hacia su plato de caldo. No contestaba. Tampoco compartía la ley ni el sistema. Tanta agencia, tanto banco, tanto notario, tanto registrador, tanto impuesto municipal... y no estás pagando lo que creías haber comprado. No pagas una casa. Pagas participar en un juego que sólo tú puedes perder.

De pronto está también en la cocina el director de mi banco. No sé cómo ha llegado, pero está sentado a la misma mesa y tiene un gorro de cocinero. Y, mientras toda la escena se diluye, me inquiera, jovial y con su estúpida risita:

— ¿No necesitas algún préstamo? Si te hace falta, ya sabes. Eres buen pagador. Ji, ji.

CUATRO

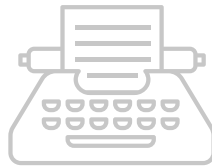
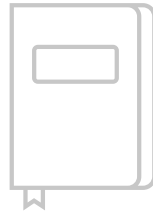
Se acerca la hora del almuerzo. Han llamado a la puerta. Abro. Es ella. La llamamos *la mujer*. Mediana edad. Viste modestamente. Pide una

limosna. Se la doy. Me lo agradece y se marcha. Viene semanalmente. “Hoy ha venido *la mujer*”, le comentaré después a mi esposa.

Durante el almuerzo veo las noticias. Otro desahucio. El mando a distancia está a mano. El botón de cambio de canal parece llamarme. Tócalo y cambia la realidad. No lo hago. Sigo mirando y escuchando. Tras la noticia me acuerdo del hombre, sentado en su cocina delante del plato de caldo y mirando al rincón.

He de consultarlo antes con mi mujer, pero se me ha ocurrido que voy a sacar el dinero del banco y llevarlo a otra entidad. A alguna entidad de esas que se autodenominan éticas y que cooperan con causas sociales. Primero debo informarme bien de lo que hacen, claro. Después iría a ver al director de mi banco para contarle mi proyecto. A ver si tengo la suerte de poder verle jugar con el lápiz y soltar alguna risita.





INCIDENTE EN EL VESTÍBULO

por EL HABITANTE DE ÍTACA

Un golpe seco y un estruendo de cristales rotos hicieron que Vanesa se precipitara hacia el vestíbulo seguida de Ramón, el director.

Rápidamente descubrieron el desaguisado: la pantalla del cajero automático estaba destrozada y, sentado en el suelo, con el martillo todavía en la mano y la cara ensangrentada con un corte en la mejilla, estaba Severino sollozando sonoramente, con un evidente ataque de nervios.

Llamaron a una ambulancia que, rápidamente, lo trasladó a Urgencias, donde le curaron la herida: le pusieron tres puntos de sutura y le administraron un relajante. El jefe de servicio comunicó el hecho al Juzgado de Guardia, por si pudiera derivarse alguna responsabilidad, y dio aviso a la familia. Severino, en la camilla, repetía una y otra vez:

— *¿Qué he hecho, Dios mío, qué he hecho? ¿Por qué?*

El inspector Montañés y su ayudante Padilla entraron en la sucursal para indagar los hechos acaecidos esa misma mañana. El director había salido y les atendió Vanesa. Después de hacer algunas fotos del cajero, comenzaron a preguntar:

— *¿Cómo se ha desarrollado el asunto?*

— *He salido al oír el ruido de cristales. Lo he visto con el martillo en la mano y con sangre en la cara. La pantalla del cajero automático, destrozada.*

— *¿Nos puede ofrecer alguna información más?*

— *Sólo puedo decirles que se trata de Severino, un cliente de lo más normal. Su comportamiento me resulta totalmente extraño. Aunque... esta mañana, ha venido a sacar dinero y le he informado que los jueves no hay*

servicio de caja en esta oficina. Le he indicado también que podría sacar efectivo en el cajero y que la oficina más próxima con servicio de caja está en Cuidad Jardín.

— Gracias. Muy amable. Nos pondremos en contacto con ustedes para que nos hagan llegar la valoración de los daños ocasionados.

Salieron tras estrechar la mano de Vanesa.

Por la tarde, ya más tranquilo, le dieron el alta. En camino hasta casa, tanto Engracia, su esposa, como su hijo Alberto, no dejaron de preguntarle:

— ¿Cómo se te ocurre hacer una cosa de esas? ¿Qué te ha pasado por la cabeza?

Severino no sabía darles explicaciones. ¡Ni para él las tenía! Ahora, más tranquilo, se sentó ante el televisor para ver las noticias locales. Lo que había hecho no era tan importante como para salir en el telediario.

Esa noche, todavía por efecto de los relajantes que le pusieron, descansó plácidamente y a la mañana siguiente inició su rutina mañanera: la compra de la fruta y la verdura; echar la primitiva y llegarse hasta el parque donde solía esperarle su amigo Damián:

— Chico, Severino, ayer no viniste y me extrañó. ¡Ese parche en la cara! ¿No habrás tenido ningún contratiempo?

— Nada, Damián, nada importante. Ahora te cuento.

Le contó lo sucedido y lo apenado que estaba porque él no era nada violento.

— Los bancos se merecen cualquier cosa. Ya sabes lo que nos ha pasado con “las las preferentes”. Tampoco yo he querido la tarjeta de cajero.

La conversación fue derivando hacia anécdotas en relación con los bancos. Sobre la una, con el sol en lo alto y el calor que empezaba a molestar, se despidieron:



— *Adiós, Severino, cuídate.*

— *Hasta mañana, Damián.*

Cuando entró en casa, Engracia ya estaba poniendo la mesa. Severino sacó el vino y los vasos; también puso las servilletas.

Comió la borraja deprisa, pero solo probó una tajada de ternera estofada, su plato favorito.

— *Tanto que te gusta el estofado y no has comido nada -le espetó Engracia.*

— *Es que... no tengo apetito. Estoy inquieto. Anda, en vez de un cortado, prepárame una tisana.*

Se sentó en el sillón orejero con la taza en la mano y, tan pronto como se enfrió, bebió la tisana.

Mientras veía el concurso de la tele, se quedó traspuesto como todos los días.

Un timbrazo en la puerta lo espabiló. Vio a Engracia que venía con un papel:

— *Es del Juzgado de Primera Instancia número Seis. Tienes que ir, pasado mañana, jueves, a las diez de la mañana, para un juicio rápido.*

Severino quedó estupefacto. No le salían las palabras. Se puso a pasear nerviosamente de un lado a otro del cuarto de estar.

— *Algo habrá que hacer -sugirió Engracia, más serena y con mejor ánimo.*

— ...

— *Vamos a llamar a Esteban, el amigo de Alberto.*

Les citó para las siete de esa misma tarde en su despacho. Él mismo les abrió la puerta y, tras los saludos de rigor, se dirigió a Severino:

— *Tranquilo, esto es una cosa sin importancia. Asuntos como el suyo los hay a montones cada semana. Cuénteme.*

Le contó lo sucedido sin perder detalle y el daño que había ocasionado.

— *No sé qué me pasó. No me lo explico.*

— *No se preocupe, yo estaré a su lado y verá como todo se resuelve favorablemente para usted. Les recogeré en su casa el jueves a las nueve y media. Mientras, tranquilo.*

Volvieron a casa sin apenas cruzar palabra.

Las dos noches y el día que faltaban para la fecha fatídica apenas comió. Su estómago sólo admitía líquidos, fundamentalmente infusiones y tisanas. Intentaba dormir pero no podía. No hacía más que moverse en la cama. Cuando se quedaba quieto, se trasponía y soñaba cosas que tenían que ver con su relación con el banco. Cuando se espabilaba, quedaba sorprendido con lo soñado.

La última noche, Engracia le dio un suave somnífero que logró mantenerlo dormido alrededor de cuatro horas. Soñó muchas cosas:

La casa del pueblo, en la Sierra de Arcos en la que vivía con mis padres y mi abuelo que me enseñó que, para ir bien en la vida, había que ahorrar.

La moneda de dos reales con agujero en el centro y que llevaba troquelada un ancla y que era la “propina” que los domingos recibía. La llevaba a la tienda de Rosario y allí compraba un sobre de sidral y un chupón de caramelo, total: diez céntimos. Los cuarenta céntimos restantes, los echaba en una hucha con llave que guardaba el abuelo. Cuando reunía un duro, lo llevaba a la Caja de Ahorros y Don Acacio, el cajero, por el que sentía un cariño especial, me regalaba diez cromos para el álbum que, poco a poco, iba completando y que todavía conservo.

Mi primer trabajo a los catorce años fue como pinche en el exterior de la misma mina en la que mi padre, picador, falleció por una explosión de grisú junto a otro compañero cuando yo apenas había cumplido los quince.

El entierro de mi padre, acompañado por todo el pueblo, fue el inicio de una nueva vida en la capital, a la que nos trasladamos con mi madre y mi hermano. Al poco tiempo, entré como aprendiz de tornero en un taller,



lo que me permitía ayudar en mi casa, donde, con la pensión y algunos trabajos de mandadera que realizaba mi madre, podíamos pagar el alquiler del piso, mantenernos y pagar los gastos de estudios a mi hermano que, según el maestro, “valía para estudiar”. Todas las semanas ahorraba algo que ingresaba en mi nueva cuenta, ya no infantil, que abrí en la oficina de mi calle. El cajero era un hombre jovial y sonriente del que guardo muy buen recuerdo.

Cuando me incorporé a filas, serví en El Aaiún (Sáhara Español) y tuve, por obligación, que abrir una cartilla de ahorros en la Caja Postal, que dependía de Correos y que era la única accesible para los acuartelados. Recibía el giro que cada mes me enviaba mi madre y lo ingresaba en la cartilla, de la que iba extrayendo las pequeñas cantidades que iba necesitando. Hice buenas migas con Rafael, un compañero de mili que trabajaba en un banco y que ayudaba en la oficina de la Caja Postal. Cuando licenciado volví a mi casa, cancelé la cartilla y corrí a ingresar el importe en mi “caja de siempre”, en la que habían cambiado al cajero, algo más serio y más mayor que el anterior, pero muy amable.

Vuelto a la vida civil, aproveché la ocasión para cambiar de empresa. Ahora trabajaba en una gran empresa de mecanizados y ahí me jubilé. Con un trabajo mejor pensé en echarme novia. A Engracia la conocí en el baile del casino. Me gustaba. Era proporcionada, con una sonrisa encantadora y un tanto esquiva. Después de dos domingos de bailar con ella en exclusiva, me permitió pasarla a buscar a la salida de su trabajo en la sastrería. La acompañé a casa, le cogí de la mano y mirándola a los ojos le dije:

— ¿Quieres ser mi novia?

Su respuesta fue inmediata y explícita: me dio un beso, el primero, y desapareció rápidamente en el oscuro portal de su casa. Yo estaba exultante.

El noviazgo fue largo. Decidimos ahorrar para poder dar la entrada para un piso. A mi natural querencia por el ahorro se unió su condición de sorianista. Había nacido en Almazán y eso, en cuanto a la buena administración,

imprime carácter. Abrimos la cartilla de ahorros a nombre de los dos y que es la misma que tenemos en la actualidad. Allí iba el fruto de nuestras privaciones. Menos bailes y más banco del parque era nuestra receta.

Cuando habíamos ahorrado un poco, decidimos empezar a mirar pisos. Nos gustó la situación de uno que estaban construyendo cerca de su casa y fuimos a pedir precio. No nos llegaba con los ahorros y decidimos dar un paso que no nos agradaba a ninguno de los dos: pedir un préstamo. Don Antonio, el director de la Caja, con el aval de mi futuro suegro, nos dio el dinero necesario que devolvimos cinco meses antes del plazo fijado.

Ya instalados en el piso, casados y con un hijo, atendíamos a nuestras obligaciones: los gastos fijos; la letra del piso y los gastos de la casa y todavía nos quedaba una parte para ahorrar. Íbamos ahorrando y, cuando llegábamos a cien mil pesetas en la cartilla, suscribíamos una lámina de ahorro a plazo y así sucesivamente.

En tantos años he visto desfilar por la Caja a varios directores. Uno de ellos nos sugirió la posibilidad de rentabilizar mejor nuestros ahorros con la adquisición de “las preferentes” que, por lo visto estaban de moda. Nuestra tradicional manera de ver las cosas nos hizo declinar la sugerencia y seguir con el dinero a plazo fijo.

Se despertó esbozando una sonrisa. El sueño evocado le había proporcionado la seguridad de que sus relaciones con la Caja, ahora Banco, habían sido idílicas hasta el fatídico día en que Vanesa le comunicó la imposibilidad de sacar el importe de la pensión porque los jueves no había servicio de caja. Seguía contrariado por no encontrar explicación a su violenta reacción. Ciertamente que desde que vino la conversión de las cajas en bancos las cosas habían cambiado a peor: nuevo director, cada vez más joven, y nuevos problemas. Cada seis meses tenía que ir a reclamar los veinte euros por el concepto de “administración y mantenimiento”. El último diciembre, Ramón, el director, me dijo



que no sabía cuántas veces más podría solicitar la devolución del importe reclamado. A Severino, tener que reclamar algo que le parecía justo, le cabreaba y hasta que no veía anulado el apunte en su cartilla no quedaba tranquilo.

Esteban, el abogado, los recogió puntualmente y los llevó al juzgado. Cuando el auxiliar salió y llamó: “Severino Royo Lahoz”, se levantaron y entraron en la sala.

El Secretario, tras cotejar el DNI, procedió a la lectura del atestado policial. El Juez, un joven de aspecto serio, le preguntó:

— *¿Reconoce los hechos?*

— *Señoría, sólo recuerdo el ruido de cristales y el martillo en mi mano.*

No me explico qué me sucedió.

Y, dirigiéndose a Esteban, dijo:

— *Tiene la palabra para conclusiones el letrado de la defensa.*

— *Señoría, ruego se tenga en cuenta el estado de obcecación de mi defendido rayano en la “enajenación mental transitoria” y ruego se valore, asimismo, la ausencia de “animus nocendi”.*

— *Visto para sentencia. El siguiente.*

Volvieron a casa. Severino había tomado una seria decisión. A partir de ese momento, todas las gestiones con el banco las realizaría Engracia. Seguro que a Don Ramón y a Vanesa no les agradaría el cambio: una soriana como interlocutora en asuntos económicos no es lo más deseable.

La comunicación de la sentencia tardó algo más de una semana: absolución con todos los pronunciamientos y la sola obligación, por otra parte lógica y esperada, de pagar la reparación del cajero automático.

Severino volvió a la rutina diaria: la compra, la primitiva y los paseos con Damián. Ya no volvería al banco.

Tres días después debutó Engracia en su cometido de “embajadora ante el banco”. Fue a reclamar los euros que les habían descontado, ahora ya treinta, por “administración y mantenimiento”. Don Ramón, muy solemnemente, le manifestó:

— *La nueva política de la entidad no me permite retrotraer cantidad alguna por estos conceptos.*

A Engracia le centellearon los ojos. Fue rápida en su respuesta:

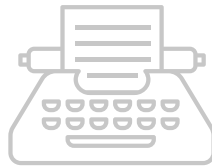
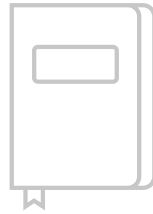
— *Don Ramón, la nueva política económica familiar me obliga a tener que prescindir de su banco. Mañana le traeré el número de cuenta que ahora voy a abrir en la entidad de enfrente para que transfiera todos mis saldos.*

Don Ramón, conciliador, acertó a decir.

— *Deme dos días. Veré lo que puedo hacer.*

Engracia sabía que... había ganado el primer envite. ¡Buena era la soriana!





MI AMIGA MARÍA

por ANIOLE VETELCA

María y yo tomamos café juntas cada mañana. Nuestros horarios coinciden los días laborables. Ella, ya retirada, acude a su atlética cita diaria y yo a mi tarea funcional (me queda un año para jubilarme). Nuestra habitual broma matutina consiste en tachar, en un imaginario almanaque, los días hábiles que aún me restan para ‘licenciarme’.

— *Ya te queda una jornada menos, guapa. Se acerca tu jubilación. La esterilla, el ‘Pilates’ y yo te esperamos.*

Me repite la misma frase de lunes a viernes, con la misma sonrisa cálida de despedida, una sonrisa que tiene la virtud de alegrarme el día.

Nuestra amistad se remonta a tiempos remotos, cuando ambas criábamos a nuestros hijos. Coincidíamos por las tardes en un parque cercano a casa. No vivimos en el mismo bloque, pero sí en el mismo barrio. En una zona de las llamadas periféricas, es decir, muy lejos de todo.

También hacíamos juntas la ruta mañanera, primero en el bus y después en el metro. Nuestro destino era una urbe desangelada y fría a horas muy tempranas, el centro de una ciudad cuyo nombre prefiero callar; en esta historia el único nombre relevante es el de María, mi amiga, compañera de cafés y viajes matutinos; trabajadora por horas, señora de la limpieza en varias casas y oficinas, pluriempleada, viuda y madre (acabo de citar lo que ella llama, con su lúcido sentido del humor, ‘sus títulos’). Así, entre bocatas de chorizo, paradas y estaciones, comenzó una bonita relación de amistad.

Se jubiló hará cuatro años con una pensión de algo más de 600 euros. Estaba contenta. Para ella sola era más que suficiente e incluso podía ayudar al menor de sus tres hijos. El joven no acababa de encontrar un empleo en condiciones, se pasaba los días en la cola del paro; su mujer sí trabajaba, aunque solo unas horas en un comedor escolar, y tenían dos pequeños. La mitad de los meses no les llegaba el sueldo. María solía cocinar para todos y los fines de semana se acercaba a ver a los nietos cargada de fiambreras para que fueran tirando. La situación se complicó cuando la nuera también se quedó sin trabajo. El paro y las ayudas acabaron pronto, podían comer gracias a la abuela, pero el dinero no llegaba para pagar la hipoteca del minúsculo piso que los jóvenes habían comprado cuando ‘las vacas gordas’ pastaban por el país.

Visto y no visto, la joven pareja alquiló su vivienda a unos estudiantes y se mudaron al piso de mi amiga. Ocuparon la habitación grande, el dormitorio que había sido de María. Ella se trasladó al cuarto de las literas. Poco después se instaló un televisor y una pequeña mesa de camilla. Según me dijo, quería que los jóvenes se sintieran a gusto y les dejó el resto del piso. Esa minúscula habitación se convirtió en su reducto, en su espacio personal.

Cuando me lo dijo presentí que algo no iba bien, algo que no quería contar; respeté su silencio y seguimos tomando café cada mañana como si nada ocurriera. No tardó en sincerarse: la pareja discutía constantemente y ella no podía ni quería tomar partido. Cuando las voces subían de tono, cogía a los pequeños y se encerraban los tres en su cuarto a ver la televisión. No sabía qué hacer, su hijo no quería escucharla y su nuera no confiaba en ella: al fin y al cabo, era ‘la suegra’.

Pero María es una mujer de recursos, y algo bueno tenía que sacar de ver tanta tele y tanto programa sobre crisis económica y espíritu emprendedor. Un proyecto se iba forjando en su mente, aunque tenía que



terminar de darle forma y buscar recursos; no confiaba en los bancos: aún recordaba el lío aquel de las preferentes, la imagen de abuelos como ella con pancartas reclamando su dinero la había impactado; tenía que encontrar los medios de otra forma. Conocía a mucha gente, no en vano se había llevado casi cuarenta años de casa en casa y de oficina en oficina.

Una mañana me espetó nada más verme:

— *Un quiosco de chucherías, voy a buscar un quiosco para mi hijo y su mujer. Entre los dos podrán llevarlo, yo ayudaré con la comida y los niños; estableceré dos horarios, uno de mañana y otro de tarde, ellos se turnarán y se acabarán las discusiones. Me han hablado de uno que se traspasa, cerca de las últimas oficinas que estuve limpiando; me informaré de cuánto piden.*

Sin respirar, del tirón, sin dejarme meter baza me informó María de sus planes. Los pros, los contras, los peros y los cómo me los guardé.

Por supuesto, nada resultó tan fácil como ella pensaba. Su hijo puso mil objeciones a la idea, su nuera tampoco lo veía claro, el traspaso que pedían era una suma significativa para ellos y María, aun en el caso de que aceptara solicitarlo, no parecía una candidata ideal para que le concedieran un préstamo bancario. Durante varios días el rostro de mi amiga reflejó la espinosa situación que estaba viviendo; los turnos en el hipotético quiosco eran un nuevo motivo de discusión en casa, una discusión por completo absurda, sin sentido mientras no encontraran la forma de financiar el dichoso negocio.

Como ya he señalado, María no se deja amilanar así como así; pronto descartó la idea del préstamo bancario y decidió buscar la financiación a su manera. Sentada en su mesa de camilla, en aquel cuarto que ahora era todo su mundo, redactó una carta que fotocopió y envió a su larga lista de conocidos, antiguos jefes y jefas que estaban bien situados económicamente. No dudaba de que alguno contestaría. Yo no lo tenía tan claro como ella, pero me cuidé de decirle lo más

mínimo: me admira su confianza en la gente. Repetía (y repite) que en el mundo abundan las buenas personas, que solo hay que darles la oportunidad de que lo demuestren.

Dicho y hecho, las cartas emprendieron viaje y ambas nos sentamos a verlas venir, recelosa yo y confiada ella. Me asustaba la posibilidad de que nadie contestara, temía que mi amiga se desesperara de esperar. Pasaron varias semanas y nada de nada, el buzón de María permanecía vacío y ya me preparaba para lo peor. Cuando había transcurrido casi un mes del envío de las misivas apareció una mañana sonriendo feliz. Alguien había contestado a su carta; una señora, en cuya casa había trabajado la tira de años, la citaba para hablar sobre el quiosco y el traspaso.

Tras la entrevista todo vino rodado. Según me contó María, su antigua jefa se había mostrado dispuesta a ayudarla desde el primer momento. Me explicó que la señora recordaba muy bien los años que había estado con ella; recordaba, sobre todo, las muchas veces que le pidió que alargase su jornada porque no podía salir del bufete y su hija volvía del colegio. No había olvidado que María nunca le quiso cobrar ese tiempo extra con la pequeña. Además, la cantidad que necesitaba no suponía un gran desembolso para ella y se sentía feliz de poder ayudarla. Les adelantaría el dinero del traspaso y se lo irían devolviendo mes a mes, sin intereses ni historias. Fijaron la cuota mensual más conveniente en los primeros momentos; si todo iba bien, se aumentaría la cantidad para liquidar cuanto antes la deuda. De este modo quedó sellado y rubricado el acuerdo ante letrados y escribanos en menos que canta un gallo. Los jóvenes tendrían su quiosco y María recuperaría su ansiada tranquilidad. Yo no salía de mi asombro, reconozco que soy más recelosa que mi amiga, pero no me dirán que la situación no resultaba, como poco, sorprendente.



Sin prisa pero sin pausa se puso el negocio quiosquero en marcha. Durante un tiempo no supe nada de ella. Me la imaginaba trajinando de un lado a otro: Arreglando papeleo, limpiando y comprando mercancía para el quiosco, estableciendo horarios y turnos; en dos palabras, solucionándolo todo. Me avisó el día de la inauguración, asomó risueña por el bar anunciando la apertura del negocio familiar. Algunos conocidos del barrio se llevaron las manos a la cabeza, aunque ella se negó a escuchar fatales augurios y sorprendió a los que no la conocían como yo. De sobra sabe mi amiga que se han embarcado en una difícil tarea, pero, insisto, no es de las que se quedan de brazos cruzados lamentándose.

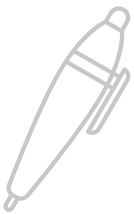
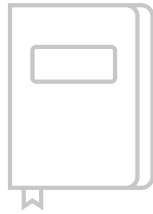
— *El negocio saldrá a flote con paciencia y perseverancia*

Esta es la frase que repetía, y repite como un mantra, a todo aquel que cuestionaba, o cuestiona aún, su decisión.

Y en esas estamos. El “quiosco de María” (con ese nombre se conoce en toda la zona) marcha viento en popa, aunque no a toda vela, sólo lleva abierto tres meses. De momento, todos siguen viviendo juntos en el piso de mi amiga; imagino que las cosas van mejor entre los jóvenes porque hace poco me comentó que ya no tiene un televisor en su cuarto, que ven la tele juntos por la noche en el salón. Ella es así, prefiere no dar detalles, deja caer los comentarios y sonrío. Entre nosotras, a veces, sobran las palabras.

EPÍLOGO

La historia que acabo de escribir es tan real como la vida misma; sé que es difícil de creer, pero así sucedió y así lo cuento. Para ejemplo de propios y extraños. Como reitera incansable mi amiga María, *“en el mundo abundan las buenas personas, solo hay que darles la oportunidad de que lo demuestren”*.



PENSAMIENTOS DE UNA JUBILADA ESTRESADA

por CAMPANILLA

— ¡ Mamá, mi jersey ha encogido!...

A sí empieza esta historia que, mucho me temo, no tendrá fin en breve. El jersey fue una de mis últimas ideas para que él se fuera de casa. Era fácil: él puso su prenda favorita en la lavadora y al salir de casa y dejarme toda la responsabilidad a mí, cambié el agua fría por la caliente. El resultado, como era de esperar, fue un encogimiento brutal de la prenda y una desesperación enorme en mi hijo.

La verdad es que lo he intentando todo, le he dejado en evidencia delante de sus amigos tratándole cómo a un niño, no dejándole que trajera a ninguna de sus amigas a casa, escuchando sus conversaciones telefónicas, persiguiéndole por toda la casa y haciéndome la tonta, pidiéndole cosas extrañas e incluso haciendo cosas extrañas yo misma.

Mi fin ha sido siempre el mismo: *“Que se vaya de mi casa que ya es mayor”*.

La criatura tiene 46 años y cuando se fue de casa pensé que jamás volvería. Es mi hijo y le quiero pero a ciertas edades es mejor que esté lejos y que yo, acabada de jubilar, pueda vivir relativamente tranquila y haciendo cosas que no podía hacer antes.

La dicha se truncó allá por el año 2009. Mi hijo se divorció de la que entonces era mi nuera y volvió a casa. En principio hablaba de

alquilarse algo, de estar temporalmente con nosotros y luego irse. Y yo, ingenua de mí, me lo creí.

La verdad es que durante un tiempo fue una bonita experiencia, lo volvía a tener a mi lado, hablábamos mucho e incluso nos hacíamos mutua compañía, pero lo cierto es que, al final, lo mucho cansa.

En 2008 estalló la desaceleración económica del país y, de golpe y porrazo, tanto yo como mi hijo, nos dimos cuenta de la evidencia y supimos que nuestra relación iba para largo. Durante un tiempo, le busqué novias e incluso tengo que reconocer que busqué trabajos para él en China, Ecuador y Chile... Lo de tenerlo cerca me era ya del todo indiferente, aunque en el fondo sabía que nada de esto cuajaría y que tendría que volver a hacer de madre, una vez más.

He sido madre de cuatro criaturas preciosas que, en su momento, me parecieron lo mejor del mundo, pero conforme pasa el tiempo, piensas en las ganas que tienes de que se larguen de casa. Una vez criados y cuándo las piezas del puzzle van encajando, hay algo que sucede, lo cual me impide progresar y vuelvo a la casilla de salida. Y lo cierto es que a mi edad, cuándo ya debería salir de excursión y disfrutar de la vida, siento que tengo que volver a ser madre y no consigo salir de esa espiral.

Hace unos años y después de una eternidad trabajando en el mismo sitio, su empresa cerró y tras unos cuantos meses sin tener ni siquiera un ingreso en su cuenta, logró desvincularse de una empresa que ya ni le pagaba su sueldo.

Su sueldo, que ya era de los normalitos, tirando a bajo, se quedó limitado a un triste subsidio de desempleo y durante meses ese fue su único sustento. Como se puede imaginar, sus posibilidades de “abandonarme” cada vez eran peores.



Por desgracia, una desaceleración de la economía puede convertirse en crisis económica galopante en menos que cambia un gobierno (aunque últimamente es complicado hasta que un gobierno cambie) y se puede decir que, en el caso de mi hijo, como en los de muchos hijos e hijas, ha sucedido y de una forma realmente dura.

Es evidente que mi generación que tanto luchó para llegar a jubilarse, al llegar el momento soñado se ha dado de bruces contra la realidad. No nos dejan envejecer en paz. Ahora estoy jubilada y tengo un hijo que vive conmigo, tengo nietos que, de vez en cuando, me alegran el día y en otros, me lo amargan.

Ya no puedo ver el *Sálvame* mientras duermo en mi tresillo esponjoso y acogedor que con tanta ilusión me compré; no soporto el canal Clan, ni el Disney, pero es llegar ellos -y llegan más a menudo de lo normal- y mi casa ya no es mi casa. Me entran ganas de fugar a una isla solitaria, ya que cuándo no hay que recogerlos del colegio, hay que llevarlos a clase de inglés o de baile, e incluso darles de merendar y muchas veces de cenar y, al final, llego a casa más cansada que cuándo trabajaba 12 horas en aquella oficina apesada de la que un día me despedí con alegría y alboroto. "Ahí os quedáis, que me jubilo". Pero añoro aquellos días. Incongruencias de la vida, supongo.

Así que la situación es la siguiente: tengo cuatro hijos, dos de ellos se han divorciado, los otros dos, milagros de la vida, siguen al pie del cañón. Todos tienen hijos y casi todos por duplicado y todos, absolutamente todos, me quieren mucho cuándo me los dejan un ratito...

"Un ratito, mamá, será sólo un ratito"... Yo acabo de entender lo que es un ratito ahora. En mi época, un ratito era un momento pequeño; ahora, un ratito abarca desde una hora hasta 24 horas, depende de que hijo o hija me lo diga.

Siguiendo con la exposición, diré que tengo un hijo, el mayor que vive conmigo desde que nació, pues, aunque se casó, al poco tiempo se divorció y volvió a casa y aquí sigue. En el fondo, pienso que el tiempo que vivió fuera es como si hubiera ido al extranjero a hacer una beca Erasmus de esas y ya la hubiera terminado.

Lo cierto es que no, que así no tiene dónde irse, que aunque ha encontrado trabajo de nuevo, con lo que gana no podría irse ni a la vuelta de la esquina y encima tiene una hija, mi nieta, a la que tiene que alimentar y, por lo tanto, me necesita y yo reniego, reniego porque tengo derecho a hacerlo y me preocupa y mucho su futuro cuándo yo no esté para ayudarle... ¿Qué será de él? ¿Podrá salir adelante solo? ¿A esa edad?... Muchos interrogantes vienen a mi cabeza y, aunque no me gusta la situación, he de reconocer que me llevo bien con él, que incluso nos reímos juntos y que me hace mucha compañía.

Sigo buscándole novia, intento que sea una mujer decente y, sobre todo, con mucho dinero. Pero a día de hoy, el muy bobo me dice que cree en el amor y ninguna de mis candidatas pasa el filtro. Y así sigo, debatiéndome entre mi amor por él y hacerle la puñeta a ver si reacciona y consigue dejar de depender de mí.

Hoy, a las 6 de la mañana, he entrado en su habitación, he mirado cómo dormía plácidamente y, aunque me ha costado hacerlo, lo he hecho: *“Hijo mío... ¿Hoy es martes o miércoles?”*. Ha abierto el ojo y, entre dormido e incrédulo, me ha contestado: *“Mamá, hoy es sábado”*... Al rato, y con cara de pocos amigos, estaba ya en el comedor, hemos desayunado juntos y “por error” le he puesto sal en vez de azúcar en su Cola Cao y la verdad es que su cara era un poema, pero ha resistido con dignidad y se ha hecho otro sin dejar de mirarme de una manera desafiante, como si dijera:

— *“Aguantaré todo lo que me echen. No me vendré abajo”*.



Sí, ya sé que alguien pensará que soy una madre un poco desnaturalizada en ocasiones, pero cada vez veo más claro que en nuestra época teníamos más arrestos y que salíamos adelante a pesar de las dificultades y que al educar a “nuestro futuro”, les dimos demasiado para que tuvieran lo que nosotros no habíamos tenido y ahora, en pleno siglo XXI, tenemos auténticos blandengues que se desmoronan rápido. Y lo peor es que ellos están educando a los que vendrán después, nuestros nietos, y no quiero ni pensar en un mundo mandado por ellos, ya que puede ser terrible, aunque, con un poco de suerte, podremos evitar verlo.

Espero que algo cambie y cambie pronto, aunque en este país las cosas cambian muy lentamente. Lo cierto es que me prometí a mi misma que en cuanto me jubilara me iría a París y, a día de hoy, no lo he conseguido. Tengo todos los días ocupados de aquí a tres meses, entre médicos, festivales del cole, hacer disfraz de Halloween a dos nietas, intentar que la otra se aprenda la tabla del 8 que se le ha quedado atravesada e intentar seguir el *Gran Hermano* y las últimas movidas de *Sálvame* que, de paso, me sirven de ideas para conseguir que mi primogénito reaccione y consiga rehacer su vida...

Estoy más estresada ahora que cuándo cotizaba , y eso, según mi psicóloga que es mi mejor amiga y no le pago nunca, es muy malo. Dice que debo limpiar mis *chakras* e incluso me ha recomendado que me apunte a *reiki*, yoga y *tai-chi* para templar mis nervios.

En fin, que esta es mi vida y que dure mucho tiempo, aunque aún quiero ir a París y pasear por los alrededores de la Torre Eiffel y ver los Campos Elíseos y ... seguiré soñando.

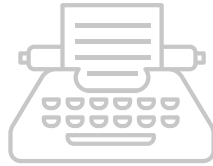
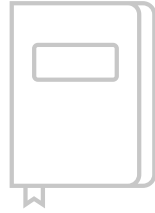
Ahora me doy cuenta de que es tarde, de que tengo que ir a por mi nieta la mayor y llevarla a clase de... ¿física cuántica? ... Sólo tiene 10 años, pero hay que ver las cosas que se inventarán para tener a los hijos lo más lejos posible durante un buen rato...

Luego, volver a casa, hacer la cena e intentar tumbarme en mi sillón, aunque mi hija ya me ha dicho que es posible que hoy duerman en casa ... ¿Vendrán cenados ya?... Lo dudo... En fin, otro día más sin saber quién expulsan de la casa de Guadalix y viendo a Bob Esponja cazando medusas y a Calamardo protestando por todo...

Aprovecho para decir que tengo un hijo de 46 años de edad, guapo, servicial, simpático, que aguanta mucho todo lo que le echen y LIBRE. Si hay alguna interesada, ruego me lo hagan saber. Creo que ya es hora que mi adorado hijito abandone el nido. Eso sí: que la interesada o interesado (que a mí me da lo mismo) crea en el amor y, a ser posible, que tenga pasta, mucha pasta, ingentes cantidades de pasta.

Hay que ver lo que cuesta hoy en día ser garante del sustento de tu propia familia. Si lo llego a saber de pequeña, creo que no nazco.





LA EDAD TIENE LA PALABRA

por TARDE GRIS DE OTOÑO

La sala de programación del canal uno de Emisión TV comenzaba su trabajo de ajuste de las distintas parrillas de los programas de la cadena. Su director, Vicente Carvajal, tomaba asiento en un extremo de la mesa con un humeante café de máquina en una mano y el ordenador portátil en la otra. Poco a poco, los integrantes del equipo, tomaron asiento y empezó un día más la reunión.

— *¡Veamos que tenemos para hoy!*

Escudriñó pacientemente su plantilla de Excel y comenzó a distribuir el trabajo.

— *Jacinto, he visto tus distintas programaciones para cine, me parecen bien en su conjunto. Echo en falta algún título romántico para las tardes. Menos violencia y acción y más virtud y amor. Ten en cuenta que las personas que ven nuestra programación vespertina, ya son de cierta edad y detrás de las telenovelas quieren continuar con temas ad hoc. Por otro lado, las programaciones preparadas para el cine infantil y el nocturno me parecen correctas.*

— *Encarna, los programas dedicados a la mujer, bien en general, pero tenemos que intentar subir el nivel de las personas entrevistadas, tanto en la calle como en plató. Nunca ha sido la mediocridad una de nuestras cualidades.*

¡Por favor! Intentemos no parecernos a otras cadenas. Sé que no es fácil, pero intentémoslo. ¿Oído cocina?

— *Los informativos... bien... aceptables, Lorena. Mucho cuidado con escorarnos demasiado. Tú me entiendes, ¿verdad? Pues eso. ¡Ah! Y por favor... el meteorólogo de la noche, ¿cómo se llama?... Andrés, eso, eso, An-*

drés Lacal. Un poco de vocalización y sin prisas, que no se le entiende nada de los que dice. ¡Qué se quite el caramelo que parece tiene en la boca!

— No ha gustado nada el programa piloto de cocina, Mario. Sí, ya sé que está muy complicado con la cantidad de programas de cocina que tienen las otras cadenas, pero hay que trabajarlo mucho más y hacerlo innovador y distinto, o no va a durar ni dos semanas. Así que a trabajar.

— Relativo a espectáculos y variedades, Hugo, te digo lo mismo. Enciértrate en tu despacho y visiónate programas antiguos de otras cadenas. Verás qué televisión más genial se hacía hace décadas, con unos programas maravillosos. Aprende, aprende. Toma ideas y aplícalas o nos vamos hacer puñetas. ¡Ah! Y por favor, ¿de dónde ha salido el presentador de Emisión de Conciertos? ¡Un poco de nivel, por favor! Este chico, muy galán, muy galán, buena percha, etc., etc., pero de música no tiene ni idea. Eso no lo podemos consentir. Y un apunte. Al presidente le encanta el circo. ¿Está claro? Pues ya sabes por dónde van los tiros. ¡A moverse!

— Los demás... sin novedad. Continuar así pero sin encantaros. No podemos bajar la guardia que la competencia nos come las audiencias. Eso es todo.

— ¡Ah! ¡Se me olvidaba lo más importante! Presidencia quiere un programa destinado a los mayores, a la gente mayor, hecho con gente mayor. He pensado en una especie de tertulia-debate con abuelos. Nada especial. Un presentador solvente o mejor, que sea presentadora y tres o cuatro abuelillos que nos comenten sus batallitas del día a día. De esto te vas a encargar tú, Carmelo. En cualquier Hogar del Jubilado o residencia de la tercera edad, encontrarás suficiente material. Lo grabaremos en el mismo lugar con una unidad móvil y tres o cuatro cámaras. Pero no te pases Carmelo que esto no es una final de la Champions. Algo sencillo para contentar a los jefes. ¡Ahora sí! ¡A trabajar!

Por los pasillos, Carmelo, entre dientes, comentaba.



— ¡Menudo marrón! Sacar la programación deportiva adelante y encima, ahora, un programa de yayos.

Lorena, que escuchaba el susurro, se le acercó por detrás.

— ¡Vamos Carmelillo, no te lamentes que eso lo tienes hecho en un pispás!

— Ya, si lo tengo muy claro. Tengo a una contratada en prácticas que precisamente acaba este mes y le voy a endosar el marronazo. ¿No quería practicar? Pues eso, que vaya practicando.

Minutos después, Reyes llamaba a la puerta del despacho de Carmelo, hecha un flan, con el cuaderno de notas y el bolígrafo en la mano.

— Pasa, pasa Reyes y siéntate.

— Sabes que en unos días dejas de trabajar con nosotros. También sabes que tal como están las cosas, no te podemos ampliar el contrato. Y aunque prácticamente no te hemos hecho mucho caso durante todo el año, tenemos un nuevo programa y quiero que tú hagas la producción. Es cosa fácil. No te pongas nerviosa. Es coser y cantar. Y de esta manera, tienes algo en tu currículum.

Carmelo le explicaba las bases del programa, mientras Reyes, nerviosa, tomaba apuntes de todas las indicaciones.

— El nombre, aun no lo tengo, pero podría ser algo parecido a “La Edad tiene la Palabra”. Sí, este me gusta. Lo presentará Maribel Prieto, así no tendremos ningún problema. Intenta elegir abuelillos con buena presencia que no haya que maquillarlos mucho, que sean algo parlanchines y acuérdate de identificar a cada uno de ellos con una tarjeta visible en la ropa. Ante cualquier duda, consúltame. ¡Hala! ¡A trabajar!

Reyes llegó a media tarde a su casa totalmente descompuesta. La responsabilidad de su primer-último encargo, había hecho mella en su cerebro y la mezcla de ilusión por hacer una buena producción y el pensamiento de que cesaba su contrato de prácticas, le producían una insoportable desazón.

Era la menor de cuatro hermanos y la única que vivía con sus padres, ya jubilados. Sus dos hermanos y una hermana, habían emigrado en busca de trabajo y vivían en el extranjero. Nada más entrar en la casa, su padre advirtió que algo preocupaba a su hija y le preguntó. Ella no pudo negarse y pensó que contando su preocupación, como poco, se relajaría y algún buen consejo recibiría como hombre jubilado. Igualmente su madre, se unió a la conversación y se dispusieron a ayudar en todo lo posible a su hija.

Reyes hacía poco menos de un año que había acabado periodismo y había sido admitida en la cadena de televisión Emisión TV con un contrato en prácticas. Poco había aprendido y menos le habían dejado hacer, pero le gustaba su profesión y quería demostrarlo.

Mientras cenaban y hablaban los tres de la manera de abordar el programa, su padre exclamó.

— *¡Ya lo tengo! No te preocupes de nada, hija. Tengo una idea que resultará y logrará que mi niña produzca uno de los mejores programas de la televisión. Ya lo verás. Vete anotando todo lo que te diga.*

Inmediatamente comenzó a exponer su idea. Aunque llevaba algunos años jubilado, el haber trabajado toda la vida en una editorial de prestigio, le mantenía conectado con grandes amigos, pensionistas como él y expertos en varias disciplinas. Ellos formarían el grupo de entrevistados, aunque esto no tendría que saberlo nadie de la cadena. Lo único que faltaba es conseguir el lugar en donde grabarían el programa.

En un par de días estaba todo preparado, el director de un hogar del pensionista, amigo de un familiar, prestó amablemente un amplio salón del local y todo se dispuso para el día de la grabación. El padre de Reyes se reunió con todos los entrevistados y concertaron una divertida pero a la vez, seria estrategia. El día de la grabación, una



unidad móvil se dispuso para la realización, además de un par de maquilladoras, sonido, cámaras y todo lo necesario para la grabación. El Hogar del Pensionista bullía desde primera hora de la mañana. Reyes era la principal responsable y todo funcionaba con normalidad. Sonó su móvil, era Carmelo con las últimas indicaciones.

— ...Y por encima de todo, dejad que hablen los abuelillos. Ya se lo he dicho a Maribel, pero recuérdaselo tú. ¡Qué no les corte! ¡Que se explayen todo lo que quieran! ¿Ok? Espero que todo vaya bien.

— De acuerdo Carmelo. Te dejo. Vamos a comenzar a grabar.

En el improvisado plató, todo estaba dispuesto. La presentadora ocupaba un sillón central del que partían dos mujeres hacia un lado y dos hombres hacia el otro, formando una uve abierta invertida. Todos con una tarjeta identificativa con su nombre. Ninguno tenía menos de setenta años.

De repente sonó una voz por un altavoz interior que venía del centro de pantallas de la unidad móvil.

— ¡Atención! ¡Silencio! ¡Cinco y grabando!

— *Muy buenas a todos y bienvenidos a La Edad tiene la Palabra. Un programa en donde nuestros mayores toman precisamente la palabra para disertar, debatir o aconsejar, desde la perspectiva de la veteranía y la sabiduría que impone y da el paso de los años, sobre los importantes problemas que acontecen en la actualidad a nuestra sociedad. Agradecemos de todo corazón a estos cuatro magníficos que nos acompañan. Y sin más dilación comenzamos con una señora. Ella es Sara. Sara, bienvenida. ¿Qué ha supuesto para usted y su familia los cambios en los últimos años de la economía en un hogar como el suyo?*

— *Gracias Maribel. Veamos. Un gran desastre, sería la mejor respuesta. Pero intentemos matizarlo. Mi familia la formamos cuatro miembros, dos ya jubilados y dos hijos con sus estudios finalizados y con ganas de*

trabajar. Como se sabe, la familia es el gran factor de estudio estructural en este país. El ajuste de los gastos ha sido y es un tema primordial y como en otros hogares, hemos tenido que buscar las tácticas adecuadas para intentar mantenernos ante la crisis descomunal, provocada por la mala gestión de los últimos gobiernos, en la que nos hemos visto sumergidos, aparte de otras causas ajenas de difícil comprensión para los ciudadanos. Nadie, nunca, nos enseñó ni educó sobre temas económicos. Así que la inmensa parte de la sociedad no ha tenido más remedio que buscar desesperadamente empleo y ayudas familiares; adaptar las pensiones con las prestaciones de desempleo; buscar trabajos temporales e informales... Todo para que el sufrimiento de la crisis no nos superara. Algo verdaderamente muy complicado de conseguir sin el apoyo y la protección del Estado. Cosa que no ha ocurrido ni se espera que ocurra.

Los ojos de la presentadora, cada vez más grandes, no daban crédito a las palabras de Sara. No sabía que Sara había sido Catedrática de Ciencias Económicas y Empresariales con varios libros en su haber.

— ¡Vaya Sara! ¡Ejem! No se puede decir mejor.

— Tengo más Maribel, eso es sólo el principio.

— Luego volveremos Sara. Ahora pasamos a Emilio.

— ¿Qué tal Emilio? ¿Cómo aborda usted y su familia el momento que estamos pasando? ¿Mejor que Sara?

— Pues muy mal Maribel. Mucho peor. Estoy totalmente de acuerdo con lo que ha dicho Sara, pero aún añadiría más. Yo, desgraciadamente soy viudo y tengo dos hijas y cuatro nietos. Nada más trabajan una de mis hijas y uno de mis yernos, así que se puede imaginar el calvario. No voy a entrar en las martingalas que hemos tenido que hacer y que a día de hoy hacemos para sobrevivir lo más dignamente posible, pero lo que me saca de mis casillas es la poca información, por no decir nula, que hemos tenido los ciudadanos por parte de los medios de comunicación hablados



y escritos. *¿Qué hubiera costado, en vez de darle vueltas a los términos durante años, el hablar claro desde el principio? Seguramente otro gallo nos hubiera cantado.*

— *Bueno Emilio, desde Emisión TV, hemos hecho...*

— *¡No Patricia! Ni desde esta televisión, ni desde ninguna otra, ni diario ni radio, ni periódico, han hecho nada. Absolutamente nada. Únicamente informar y no siempre con veracidad. La incompetencia ha sido brutal.*

— *¡Pero Emilio!...*

— *Es muy fácil Maribel, no se ponga nerviosa. La cuestión, además de ofrecer la información verdadera del tema crítico, reside en el intento de ayudar de todas las maneras posibles a los millones de ciudadanos que nos hemos visto abocados, muchos con sus familias, en este desastre. Dígame un solo programa de esta televisión o de la competencia que haya hecho algún intento por ofrecer un informativo para aminorar en lo posible la catástrofe económica con propuestas y soluciones. Dígame un periódico o una radio que haya reflejado las posibles formas en las que, metafóricamente, poder nadar sin ahogarnos en las turbulentas aguas de la crisis.*

La cara de Maribel era todo un poema. El poema de la ignorancia supina. Intentaba por todos los medios reconducir la entrevista sin lograrlo. Emilio, continuaba.

— *Mire Maribel. Este es un tema muy grave y no podemos edulcorarlo con dimes y diretes sin fundamento. Hay que llamar a las cosas por sus nombres. No nos educan para saber resolver las incertidumbres que los mundos económicos suscitan. ¡A nadie! Y aquí reside el problema. Y ustedes como medio de comunicación no han hecho absolutamente nada.*

— *¡Uf! Bueno, bueno... Hagamos una pausa para la publicidad y volvemos enseguida.*

El improvisado plató hervía por los cuatro costados. Maribel, muy nerviosa, no sabía a quién mirar ni que decir. Las cámaras no dejaron

de grabar tal como se había acordado. Los entrevistados, ni se inmutaban. Maribel fue donde estaba Reyes y le increpó.

— *¡Reyes, esto no puede ser! ¡Este programa no debe emitirse! ¿Pero de dónde has sacado a estos abuelillos? ¡Me están haciendo perder los papeles!*

— *Tranquila Maribel, tranquilízate. El programa está saliendo perfecto. Los abuelillos no están diciendo más que su verdad, están contando su vida, sus problemas... Déjales que hablen, que se explayen, porque en sus opiniones nos identificamos muchas personas. ¿O no?*

Volvió a escucharse la voz por los altavoces internos: *¡Preparados! ¡Cinco y seguimos el programa!*

Maribel, sin poder ocultar su intranquilo estado, prosiguió.

— *Pasemos a Carmen e intentemos que las aguas se encaucen. Carmen, como ama de casa, ¿cuáles han sido sus soluciones en el día a día del hogar?*

— *Yo como mis compañeros, también estoy jubilada y suscribo punto por punto lo dicho hasta el momento. En el capítulo referente al hogar, hay que decir que en este país son innumerables las familias que no han levantado cabeza desde el cambio de moneda. Mucha culpa por no decir toda, la han tenido las empresas nacionales y multinacionales de consumo. Todas han ido a su negocio, sin miramientos con la población, no quiero decir nombres, pero todo el mundo sabe a qué me refiero cuando hablo de cajas y bancos, cuando las tarifas eléctricas han ido subiendo, al igual que los carburantes, las distintas compañías de telefonía... De la cesta de la compra, mejor no hablar. ¡Por las nubes! Lo dicho... Todos han ido a su, sus beneficios, dejando a la población ciudadana inerte. ¡Nadie ha ayudado a nadie! Y de la publicidad, mejor no hablar. En vez de servir para ayudarnos a mejorar nuestros criterios, en general se ha comportado como mecanismo para generar consumo de lo más estúpido y vergonzante. Desde las compañías de seguros, pasando por contratos bancarios, hasta productos para un supuesto bienestar que no es real. Son muchas las campañas publicitarias que intentan engañarnos. ¡Cada*



uno a su negocio a costa de los ciudadanos! Y lo más grave ha sido que los distintos gobiernos a los que les ha tocado lidiar con el problema, no han sabido, o lo que es peor, no han querido gestionar toda la hecatombe económica por intereses espurios y fingidos, dejando el sálvese el que pueda al borde de la calle. ¡Un desastre Maribel, un desastre!

Maribel, con ganas inmensas pero contenidas de acabar el programa, se dirigió al último invitado.

— *Y finalmente tenemos a Miguel. Le hago la misma pregunta Miguel. ¿Cómo aborda usted y los suyos el momento actual, bajo el punto de vista de la crisis?*

— *Gracias Maribel. Soy abuelo de tres nietos y resido en un pueblo. Antes vivíamos en la ciudad, pero no ha habido manera de poder aguantar. Tampoco es tan fácil la vida en los pueblos, pero no es tan estresante como en las ciudades. No quiero extenderme con lo dicho por mis compañeros, pero si ahondar en el problema de la educación. Debería de haber disciplinas escolares para que se concienciara desde niños en la economía. A saber manejar el dinero en las épocas duras y en las maduras. La economía es una ciencia que hay que conocer y saber manejar, porque si no se maneja bien, aparecen las desigualdades y exclusiones sociales. No se ha previsto que los hogares con gente joven, las llamadas nuevas generaciones, son clave en el desarrollo social de un país. ¿Quién ayuda a las mujeres con gente pequeña a su cargo o con personas con minusvalías? ¿Quién reduce las enormes diferencias sociales con los hogares formados por inmigrantes? ¿En dónde reside la protección social? Como no se solventen pronto estos y otros temas, estamos abocados a la ruptura social y al fracaso.*

Maribel ya no podía más. Los cuatro abuelillos la habían desbordado física y mentalmente y decidió cortar minutos antes de finalizar el programa.

— Bueno, son muchas las preguntas que darían para varios programas, ya que deberían ser abordadas en profundidad. Agradecemos de corazón la presencia de Sara, Emilio, Carmen y Miguel y les invitamos a que continúen con nosotros en Emisión TV. Muchas gracias.

Nada más acabar la grabación, Maribel se dirigió sofocada a Reyes.

— Reyes, este programa no debe de emitirse. Me han dejado en ridículo los cuatro entrevistados. A mí y a Emisión TV. Estoy abochornada. Voy a llamar a Carmelo para que lo suspenda.

Reyes no le hizo ni caso, agradeció a los intervinientes sus palabras y fue a la unidad móvil a por la cinta del programa. La recogió y se encaminó a la sede de Emisión TV, mientras sus compañeros recogían el improvisado plató y su padre agradecía igualmente a los entrevistados que por supuesto los cuatro eran amigos suyos y personalidades que antaño dominaban los mundos económicos y financieros.

Nada más llegar, sonó su móvil. Era Carmelo.

— Reyes ¿qué tal ha ido todo? Me ha llamado Maribel hecha un basilisco y a punto de llorar, rogándome que no se emita el programa.

— Nada Carmelo, nada. Una exagerada total. El programa se ha grabado perfectamente y los abuelillos han estado sublimes. No han parado de hablar y de contar su vida, contestando a todas las preguntas. Yo voy a editarlo y te lo dejo preparado en la mesa de tu despacho.

— De acuerdo Reyes. Yo voy a estar fuera unos días, ya sabes, el deporte rey manda.

— Pues nada Carmelo. A mí ya no me verás. Gracias por todo y por nada y hasta la vista.

La copia del programa quedó en la mesa de Carmelo preparada para la emisión el próximo fin de semana en hora punta tal como indicaban las campañas de prelanzamiento del programa. Carmelo llegó



el mismo día por la mañana, recogió la copia del programa y la llevó a emisión. Por el pasillo se encontró con Maribel.

— *¿Has visto el programa Carmelo? ¿Lo has visto? Es bochornoso. Eso no se puede emitir*

— *Tranquila Maribel, ahora iba a visionarlo. ¿Pero qué ocurre? ¿Tan mal está?*

El móvil de Carmelo sonó en ese instante. Era el presidente de Emisión TV, que alertado por Maribel, le comentó a Carmelo que era urgente el visionado del programa y que ahora mismo se dirigía para verlo.

En la sala de visionado, ni el director de programas, ni el presidente, ni Carmelo, daban crédito a lo que estaban viendo.

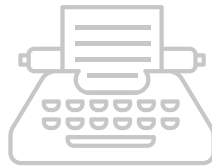
— *Esto no se puede emitir, gritó el presidente. Es una vergüenza. Pero, ¿a quién se le ha ocurrido semejante bodrio? ¡Carmelo, fuera de emisión. Sustituir el programa por lo que queráis, pedir disculpas y mañana a primera hora os quiero a los dos en mi despacho! ¿Está claro? Maribel, tu también.*

Maribel, suspiró largamente aliviada y nerviosa. Carmelo agachó la cabeza y desapareció por la puerta.

A la hora anunciada, se programó un documental sin fundamento y se pidieron disculpas, también sin fundamento, por la no emisión del programa. Cuando apenas habían pasado veinte minutos de la emisión del documental, volvió a sonar el móvil de Carmelo. Era el presidente de Emisión TV.

— *¡Carmelo! ¡El programa La Edad tiene la Palabra, se está emitiendo, ahora mismo, por internet y ya tiene más de dos millones de seguidores! Alguien grabó íntegramente el programa y lo está pasando. Ya no hace falta que vengas ni mañana. ¡No vuelvas nunca!*

El móvil de Reyes no paraba de sonar...



AVANZANDO

por HIERBABUENA

Cuando escuchó la primera noticia emitida por la radio... no importa que emisora fuese, ella tenía preferencia por una en concreto, pero lo que importaba en esos momentos era la noticia.

Conectó la televisión y el primer canal que apareció también versaba sobre la misma noticia. Se alarmó muchísimo y, ni corta ni perezosa, tras arreglarse para salir, recogió los documentos pertinentes y partió en dirección a la entidad bancaria, donde la esperaba su hijo.

Anduvo deprisa, estaba sofocada y se decía a sí misma “no te apures, debe ser una confusión, una falsa alarma. Verás como todo queda en un mal entendido por parte de la prensa, quizá por tu manera de entender a los medios”.

Ella siempre dudaba de sí misma. Era una mujer nacida en los albores de la postguerra, que había crecido en un país empobrecido, y durante su infancia sintió la cruda realidad de la pobreza. Hija de familia trabajadora, su formación no se limitó a lo que podía aspirar el pueblo en aquel momento, motivado por la opresión del poder.

El trabajador, ese que dejaba años de su vida entregado a una labor por la que escasamente recibía un mísero salario, era la clase baja de una sociedad sin existencia de clase media, y con la opulencia del poder económico y social que imperó durante los años 40 y 50 del siglo pasado.

Pero los años pasaban y el progreso comenzó a llegar tímidamente a un país que lo necesitaba, además de necesitar muchas otras cosas.

Pero como, por suerte para los humanos, el hombre puede hacer que la evolución sea más o menos lenta, se estacione o se detenga temporalmente, pero no puede pararla, la sociedad, su sociedad, comenzó su andadura hacia la modernidad, hacia la apertura, hacia una vida que lentamente se iba configurando mejor.

Con la revolución industrial existieron más posibilidades para el trabajo al que esencialmente accedían los hombres y, gracias al sistema del *puting-out*, las mujeres pudieron trabajar desde sus hogares, aportando el dinero obtenido a una economía familiar que iniciaba su recuperación. ¡Cómo recordaba aquellas tardes y noches, sentada frente a la máquina de coser! Aquella máquina Singer que le había regalado su padre, y gracias a la cuál montones y montones de pantalones ahora, abrigos después, y múltiples y variadas prendas salían de sus manos para ser entregados a los quince días a la empresa que recogía de este modo pingües beneficios. Pero ella, que siempre miraba lo positivo de la situación, se encontraba contenta, obtenía unos billetes cada quince días que servían para tapar agujeros y conseguir algunas mejoras en el medio de vida de su familia. Y pensaba: *“A fin de cuentas, no está tan mal. Puedo escuchar los seriales de radio mientras coso...”*

Y llegaron los avances tecnológicos, y pudo comprar la primera lavadora, ahora ya no tendría que lavar a mano, lo que le proporcionaba más tiempo para coser y producir más. Y además, “¡fíjate qué chollo!”, llegó la época de los préstamos y las compras a plazos, y pudo adquirir también una hermosa nevera, de la que se sentía francamente orgullosa: así no tendría que ir todos los días a la plaza a por los productos frescos y podría conservarlos haciendo la compra semanal o quincenal. Sobre ello, decía a sus amigas:

— *¿Sabes? Tiene congelador y todo.*



— *Tendré que ir a verla, porque mi marido dice que con lo que gano promocionando productos de belleza, en las reuniones que hacemos en las casas, podemos iniciar la compra de una nevera, e ir pagándola poco a poco.*

Así respondía su amiga, y era una respuesta general. La mujer se introducía en el mercado laboral por una estrecha brecha, que aprovecharía para expandir sus posibilidades, esas con las que la naturaleza le había otorgado igual que a los hombres, y de lo que eran las primeras que tenían que enterarse.

Y así pasaban los días y los meses, y los años, y los niños fueron creciendo, y con lo que podía ahorrar favoreció los estudios de sus hijos.

— *¿Sabéis?, mi hijo se licencia en Ingeniería Agrónoma, y mi hija ya está ejerciendo de maestra en Cataluña. ¡No puedo llegar a creer que tenga dos universitarios en la familia! Pero mira, gracias a esos trabajos que vengo haciendo en casa, podemos facilitar los estudios de los chicos.*

Y así pasaba la vida, mientras ella, austera y ahorrativa, iba guardando unos pequeños ahorritos.

— *Por si hay una emergencia.*

Decía, y se sentía contenta de ver que la cantidad iba creciendo, aunque muy poco a poco.

Pero la vida, que avanza sin pedirnos permiso, sumergió al esposo, al compañero de su andadura, en una enfermedad maligna. Ella lo cuidó en todo momento, y vio deteriorarse al hombre en quien había visto el apoyo para caminar por el sendero de la vida. Y llegó el momento que temía y no esperaba y se despidió de él ante la losa de mármol que recordaba su existencia, existencia que permanecería en su memoria para siempre.

Como todos, se fue recuperando poco a poco sin dejar de olvidarlo, de pensar en él cada día de su vida, pero allí estaban sus hijos y sus

nietos, que la visitaban de vez en cuando. Sabía que debía recomponer su forma de vivir, pensar en ella y dar un giro a todo lo que hasta ahora había formado parte cotidiana del día a día.

Lo primero que pensó fue en poner a salvo los pequeños ahorros que tenía, y que languidecían en una libreta bancaria, sin producir rendimiento alguno. Ahora sus hijos ya nadaban solos, no necesitaban de su economía, y lo poco que tenía era únicamente de su propiedad. Se dijo a sí misma:

— *Algo tendré que hacer, me gustaría invertirlos en algo positivo.*

Una mañana se levantó con mas ánimo que de costumbre, se acicaló, cogió su libreta bancaria y se dirigió a la entidad más próxima. Quería que alguien le aconsejase.

El banco tenía bastante afluencia de gente y tuvo que esperar a su turno. El sistema automatizado de turnos hacía que mirase constantemente a la pantalla en la que visualizaría el número que le había sido asignado por la máquina, y la ventanilla que le correspondía. Observó que había mucha gente mayor, como ella, pero supuso que era debido a que en esa hora los más jóvenes están en sus puestos de trabajo y no pueden entretenerse en actividades bancarias.

Vio que la pantalla reflejaba el nº 113, ventanilla 5. ¡Qué suerte! Le había tocado uno de los empleados conocidos. “Él me asesorará bien”, pensó.

— *Buenos días.*

— *Buenos días, señora Francisca. ¿Qué le trae por aquí?*

— *Quería saber si hay alguna posibilidad de que este dinerito que tengo en la libreta pudiese rentarme algo. Porque, ya sabe usted que yo soy ahorradora, y no quiero gastar lo que tengo, por si acaso...*

— *Pase usted a la zona de allí, y siéntese para que pueda atenderle e informarle como usted se merece.*



La clienta pensó: “Qué amables son en esta entidad y qué bien nos atienden”. Pasó a la zona de gestiones y se sentó ante la mesa que el empleado le indicaba.

— *Vamos a ver, déjeme su libreta para que pueda ver que productos tenemos para ofrecerle en estos momentos.*

Abrió el bolso en el que guardaba sus pertenencias, sacó una libreta de banco que conservaba dentro de una funda de plástico y se la tendió a su interlocutor. Este abrió la libreta y miró atentamente a la cantidad en el haber, cerró la libreta lentamente y quedó pensando un rato para, a continuación, iniciar una charla sobre los productos financieros del momento.

La anciana no entendía casi nada de lo que el empleado le explicaba, pero tenía confianza en él y en esa entidad bancaria, en la que habían depositado sus pocos ahorros ella y su marido durante toda la vida.

Allí también les concedieron el crédito para que pudiesen comprar el pisito en el que hicieron hogar y donde ella ahora residía sola, y que pagaron con el producto de las horas extraordinarias que su marido hacía en el taller. Eso les costó mucho sacrificio, pero mereció la pena. ¿Cómo podría poner en duda lo que se le ofreciera desde ese banco?

En sus explicaciones, el bancario parecía ofrecerle toda clase de garantías, y ella necesitaba depositar su confianza en ello. Quería valerse por sí misma. Pensó “no hace falta que moleste a mis hijos en estas cuestiones, puedo resolverlo yo”. Y, ni corta ni perezosa, aceptó la oferta de unas preferentes. Así llamaban a esos productos financieros. En su cabeza tomaba prioridad que el dinero estaba seguro y que el rendimiento era elevado, un 7%. Le produciría unos beneficios que poco a poco irían engrosando sus ahorros. La letra pequeña de contrato no era capaz de entenderla, y prevalecía la con-

fianza en su banco de toda la vida. Firmó sin más y salió contenta y satisfecha del edificio.

Durante el trayecto a su casa pensó que ese dinero serviría para que pudiesen estudiar sus nietos y, en todo caso, si ella necesitaba ayuda, lo pagaría con ello, pues tenía el criterio firme de no querer entorpecer en la vida de los hijos. Se sentía segura con esos ahorritos depositados en manos del banco que siempre les había dado confianza.

Pasó el tiempo y un buen día escuchó una noticia en la radio que la puso en alerta: “Las cuentas preferentes habían sido una estafa para los que habían depositado sus ahorros en ellas”. No podía creerlo.

Con celeridad llamó a su hijo y este, sorprendido de que ella hubiese abierto ese tipo de cuentas, le confirmó que la situación era difícil. La acompañaría al banco.

— *Queremos cancelar las cuentas de mi madre.*

— *Eso no es posible, son vencimientos muy largos y no se pueden retirar antes de que se cumplan las fechas* -respondió la persona que les atendía-.

No hubo razonamientos, la letra pequeña lo especificaba claramente. Un gran sufrimiento la embargó: no solo se sintió estafada, sino que la sensación de inutilidad ante las finanzas le afectó de tal manera que se sentía inválida para cualquier gestión.

Pero era una mujer fuerte y, como todos los fuertes, se levantó de la caída. Hizo sus averiguaciones y se unió a un grupo que defendía a todos los que habían sido dañados por esta causa.

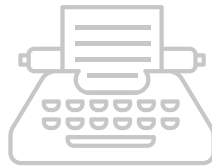
Desde ese grupo conoció a los *yayo-flautas*, un grupo de jubilados reivindicativos que protestaban ante las injusticias sociales cometidas contra los mayores. Allí hizo amistades y abrió un camino nuevo a su vida. Acudía a las entrevistas con los abogados, a las charlas de economía, se informaba de los aspectos legales referidos a su lucha y, junto con los demás, presentó las demandas pertinentes para que se hiciera justicia.



Aquello era un mundo nuevo para ella, y en esa lucha recuperó la confianza en si misma y su autoestima. Tenía compañeros con quienes podía dialogar, debatir, preocuparse por su situación. Sentía que no era a ella a la única que le había sucedido esa supuesta estafa.

Y como era una mujer positiva, confiaba en que al fin ganaría la razón y prevalecería la justicia. Valoraba que un aspecto tan negativo como verse como una preferentista le hubiese permitido tener amigos, compañeros de lucha e ideales sociales. No estaba sola.

Era su vida, y no iban a arrebatársela como le habían arrebatado el dinero. Al despertar cada día, afirmaba: “¡VENCEREMOS!”



MI AMIGO, EL ABUELO

por MCARFLOR

Érrese una vez... un verano muy especial. Estábamos en el pueblo de vacaciones, como todos los veranos. Íbamos con mis padres a casa de mis abuelos, que habían vivido allí y conservaban la casa. Tenían un huerto, donde sembraban todo tipo de verdura, como patatas, judías, lechugas, zanahorias, tomates... Ayudaba a mi abuelo y él me enseñaba a cultivar la tierra.

Allí lo pasaba fenomenal. Estaba mi amiga Dana, la perrita de mis abuelos, de color negro y los ojos muy grandes, que me acompañaba a todas partes. ¡Hasta se hizo amiga de mis amigos! En una ocasión, cuando iba un poco despistado, me caí al río y ella me cogió con la boca por la cintura y me sacó. ¡Me salvó! Tenía mi pandilla de amigos, y una bicicleta, que era muy importante porque con ella nos movíamos por todo el pueblo. Todos nos conocíamos y nos llamábamos por el nombre o por el “apodo o mote”, como decían allí.

Íbamos de excursión al prado, que era donde pastaban los animales, vacas, caballos y algún que otro burro. Hoy día ya no quedan esos animales en el pueblo. Los sustituyeron por maquinaria agrícola. Era una pradera muy verde y muy grande, y lo sigue siendo. Como a todo prado, no le faltaba el río, donde bebían los animales. El río cruzaba todo el pueblo, de arriba abajo. En él nos bañábamos, nos llegaba el agua por la rodilla, y pescábamos renacuajos, ranas, algún cangrejillo, pero lo devolvíamos otra vez al agua.

También subíamos a la montaña con las bicicletas por un camino muy estrecho para ver desde lo alto aquel paisaje tan bonito: ¡todo el pueblo y los pueblos de alrededor!

En la plaza estaban todas las tiendas, la carnicería y ultramarinos, los bares y restaurantes, y la tienda de chuches. ¡Esa sí que nos gustaba! El pueblo tenía también centro médico, farmacia, cuartel de la Guardia Civil, cura y escuela.

Las fiestas se celebraban en verano y eran muy divertidas. Organizaban muchas actividades para todas las edades. Acudía mucha gente, del pueblo y los alrededores. La mayoría de las personas estaban pasando las vacaciones allí y vivían en la ciudad, aunque muchas habían nacido en el pueblo y tenían la casa como segunda residencia, como mis abuelos.

Mi abuela me decía que las personas se habían ido del pueblo porque les era más fácil encontrar un trabajo, ya que hace muchos años en la ciudad había mucha industria y necesitaban personal y en el pueblo no había trabajo para todos. Otras personas se habían ido porque querían estudiar más de lo que se podía hacer en el pueblo, ya que solamente había una escuela con dos grupos: pequeños y mayores. Lo más que se podía hacer era lo que se llamaba entonces “Estudios Primarios”, que terminaban cuando se tenía catorce años y se suponía que ya sabían leer, escribir y algo de matemáticas, como sumar, restar, multiplicar y dividir.

Nosotros vivíamos en la ciudad, estábamos muy bien, mis padres trabajaban los dos, tenían formación académica superior.

Un día de los que estábamos aún de vacaciones, mis padres recibieron un mensaje que no debía de ser muy bueno. Yo, aunque era un niño, me percataba de todo. No me dijeron nada, pero veía caras muy tristes, ya no había alegría en casa, suponía que algo estaba pasando ¡Y claro que pasaba!



A mi padre le habían despedido del trabajo por culpa de eso que llaman “REFORMA LABORAL”. La empresa hizo “REDUCCIÓN DE PERSONAL” y le mandaron al “PARO”. Yo les oía hablar a mis padres palabras rarísimas, pero por más que pensaba en el tema y le daba vueltas y más vueltas a esas palabras tan raras, no conseguía entenderlas. Para no preocuparles, se lo pregunté a mi abuelo, que sabía de todo y me lo explicó fenomenal: esta “REFORMA LABORAL” consistía en que, cuando la empresa no ganaba lo que ella quería, podía reducir personal, despidiendo a los trabajadores. Les daba una cantidad de dinero a los empleados que despedía, que se llamaba “INDEMNIZACIÓN” por los años que habían trabajado en la Empresa, y que era inferior al dinero que les correspondía antes de esta “REFORMA”.

A partir de ese momento empecé a oír y a conocer más palabras nuevas para mí, como “CRISIS, DESEMPLEO, INEM”, que, por cierto, también me las explicaron mis abuelos.

¡Cómo se iba ampliando mi vocabulario!

Mi madre tenía reducción de jornada por maternidad desde que yo nací. Yo no sabía lo que era eso de “REDUCCION DE JORNADA”, y otra vez recurrí a los mismos para aclararlo: “Mi madre trabajaba unas horas menos al día, pero también cobraba menos sueldo”. Esto lo hacía para estar más tiempo conmigo.

A partir de ese momento, los días que me quedaban de vacaciones ya no fueron igual.

No me apetecía mucho salir con mis amigos, ponía excusas para todo, mi estado de ánimo había decaído, y yo procuraba disimular para que los demás no lo notaran, pero me era muy difícil delante de la familia, para que por lo menos mis padres -con todo lo que tenían encima, que ya era suficiente y además lo que podía seguir viniendo- no se preocuparan.

Yo me refugié en mi amiga Dana, que a partir de entonces era aún más amiga. A ella sí se lo contaba todo. Yo creo que lo entendía, porque hasta me acariciaba más, me miraba como si quisiera decirme “no te preocupes, que todo se va a solucionar”.

Pasaron las vacaciones, nos vinimos a la ciudad y me daba la sensación de como si volviéramos a empezar de nuevo. “¿Qué va a pasar ahora?”, me preguntaba.

Mis abuelos vinieron unos días más tarde, se habían quedado “para recoger la casa”, según decía mi abuela.

A mi padre todos los días le veía con un montón de cartas que llevaba a correos, que contenían un “CURRICULUM”, además de los que enviaba por Internet. ¡Otra palabra nueva para mí! Ya me había familiarizado con ellas. A la mayor parte de las cartas, ni le contestaban, y a las que lo hacían, era para decir que “NO” había trabajo. Así estuvimos mucho tiempo, años...

Terminó eso que llaman “PRESTACIONES POR DESEMPLEO”, otra palabra nueva para incluir en mi lista.

En alguna ocasión, a mi padre le hicieron un “CONTRATO BASURA”. Cuando escuché esa palabra de “BASURA”, le daba muchas vueltas, pero no me atrevía a preguntar, porque creía que era mejor que mis padres creyeran que no me enteraba de la situación y entonces se lo pregunté a mi amigo Miguel, porque confiaba mucho en él, pero tampoco sabía nada... Y nos dedicamos a mirar en el cubo de basura de casa y de la calle, por si encontrábamos algo. Hasta que, después de pensarlo mucho, se lo pregunté a mis abuelos y me explicaron que tenía que trabajar más horas por mucho menos dinero. Eso no nos solucionaba mucho, pero era lo que había.

Cuando se le terminó lo del “CONTRATO BASURA”, le hicieron otro contrato, pero era aún más raro: “ECONOMÍA SUMERGIDA”. Y



le pagaban en “NEGRO”. Aquí yo ya estaba hecho un lío, no entendía nada... ¡Y no lo había oído en mi vida! Suponía que algo “bueno” no podía ser, por la cara de tristeza que tenía mi familia. Entonces se lo pregunté a mi amigo Daniel, que era negro, porque yo no me podía imaginar cómo era el dinero de color negro. Y eso de “sumergido” me sonaba muy raro que lo dijeran los mayores, porque nosotros ¡sí jugábamos a sumergirnos en agua, a escondernos!

Mi amigo Daniel me dijo que no tenía ni idea. Y entre los dos nos dedicamos a investigar... ¡Pero no conseguimos nada! Al final, se lo preguntamos a mis abuelos. Y ellos sí nos lo explicaron, porque los abuelos sabían de todo. Parecían diccionarios. Ese trabajo duró muy poco tiempo.

Gracias a mis abuelos, que ya estaban jubilados y nos echaban una mano, yo creo que no era solo una mano, ¡era todo el cuerpo!... A mi madre la oía comentar que hacía la compra en casa de mis abuelos. Mi abuelo iba a buscarme al colegio cuando mis padres no podían recogerme y me llevaba un bocadillo y fruta.

Como a mi padre no le salía trabajo, se fue al “EXTRANJERO”, ¡otra palabra nueva! Pero a otro “CONTINENTE”. Esa palabra sí me la sabía, porque en el colegio ya hemos dado los “CONTINENTES”.

Yo me quedé con mi madre y mis abuelos. Ahora sí tirábamos de ellos mucho más, mi abuelo ahora no tenía más remedio que buscarme en el colegio, hacíamos los deberes juntos y bajábamos al parque a jugar. ¡Hasta le enseñé a jugar al fútbol! Que para esto él era un poco patoso. En la casa donde vivían mis abuelos también tenía yo una pandilla y jugábamos al fútbol niños contra abuelos.

Aunque mi madre tenía eso que se llama “REDUCCIÓN DE JORNADA POR MATERNIDAD”, con tiempo suficiente para buscarme ella, era imposible. Casi todos los días, por no decir todos, salía como si tu-

viera jornada más larga que la completa. Ella me comentaba que habían despedido a mucha gente y el trabajo que hacían esas personas, lo tenían que hacer entre los que se consideraban afortunados por no haber sido despedidos... y le pagaban como “REDUCCIÓN DE JORNADA”.

Después pasé a conocer otra de esas palabras horribles: “ERTE”. Otra vez tuve que recurrir al diccionario de mi abuelo. Me explicó que el “ERTE” era que mi madre dejaba de trabajar en la empresa durante un tiempo, pero seguía perteneciendo a ella y cobraba del “DESEMPLEO”, que era menos de lo que cobraba antes de entrar en el “ERTE”, con lo cual la situación económica era peor.

Después la pasaron a un “ERE DE REDUCCIÓN DE JORNADA”, una palabra más. Otra vez eché mano de mi abuelo, que sabía todo. Mi madre tuvo una reducción de su jornada de trabajo durante un tiempo, añadida a la que ya tenía por maternidad. Durante este tiempo, las horas de reducción de jornada las cobraba de la prestación por desempleo, que era menos de lo que cobraba trabajando. Las horas trabajadas se las pagaba la empresa, con lo cual, lo que cobraba en total era mucho menos. Pero mi madre seguía trabajando casi las mismas horas que antes del “ERE”, trabaja la jornada completa o más. Le pregunté nuevamente a mi abuelo que, si tenía que trabajar menos horas... ¿por qué trabajaba casi las mismas horas o más? La respuesta de mi abuelo fue muy clara: “EXPLOTACIÓN LABORAL”, nuevas palabras que no entendía, pero mi abuelo me las aclaró.

Cuando mi madre llegaba a casa de mis abuelos a buscarme, a mí me preocupaba mucho... Tenía una cara como de muy cansada, pero cuando nos veíamos, nos dábamos muchos besos, nos abrazábamos y se ponía muy contenta. Me revisaba los deberes y hablábamos un rato. Cenábamos y nos íbamos a nuestra casa hasta el día siguiente, que hacíamos lo mismo.



La relación con mi abuelo llegó a ser tan importante que se convirtió en mi mejor amigo y confidente.

Al principio, en el colegio no comentaba estas cosas con mis amigos. Yo me sentía como si nosotros tuviéramos la culpa de esta situación. Pero, poco a poco, me fui dando cuenta de que no era a mí sólo al que le pasaba esto, que bastantes amigos míos y compañeros del colegio estaban igual. Las empresas donde trabajaban sus padres también las habían cerrado, habían hecho los “ERTES y ERES” permitidos por la última “REFORMA LABORAL”.

Entonces me sentía más aliviado, más normal, ya no me sentía tan solo, teníamos algo en común y un tema de qué hablar. Aunque no entendiéramos nada del “PORQUÉ” de esta situación.

El tiempo fue pasando, nada se arreglaba, seguíamos lo mismo. Creo que me sirvió para madurar más deprisa y comprender algo más del famoso “PORQUÉ”.

No me quedó más remedio que valorar más lo que tenía, a no dar importancia a eso que consideraba que no era necesario en ese momento, como, por ejemplo, prescindir de “ropa de vestir”. Sólo tenía lo imprescindible. Con los juguetes y chuches pasó lo mismo. En la comida, lo más barato...

Seguía estando triste. Cada vez que escuchaba otra palabra nueva de las que no estaban en mi vocabulario, temblaba y pensaba: “¿Qué más nos puede pasar?”.

Algunos de mis amigos no tenían ni siquiera lo más necesario. Yo era un niño muy afortunado, tenía a mis abuelos y ellos se quitaban de muchas cosas necesarias para que a mi madre y a mí no nos faltara nada importante.

Han pasado varios años desde que despidieron a mi padre del trabajo. Ya estoy en la adolescencia, escucho palabras a los políticos,

que suelen mentir mucho, como que vamos a mejor, como que hemos pasado la “CRISIS”. Lo comento con mi pandilla y con mi amigo y confidente el ABUELO. Todos coincidimos en que económicamente las cosas no están mejor. Quienes antes cobraban 1.000 euros al mes, los llamados mileuristas, que se consideraba que cobraban poco, hoy son unos privilegiados, ya que la mayoría no cobran ni 600 euros al mes, debido a los contratos “BASURA”, contratos de uno o dos días a la semana, dos o tres horas diarias, personas que teniendo trabajo no llegan a fin de mes y que, según mi amigo el ABUELO, todo se debe a la última “REFORMA LABORAL”. También escucho que muchos jóvenes que terminan su carrera bien preparados se tienen que ir al extranjero, como tuvo que hacer mi padre.

Ahora entiendo muchas cosas debido a las explicaciones de mi amigo el ABUELO. La palabra “RECORTES”, que al principio no entendía, ya sí la entiendo. Me lo explicó mi abuelo cuando tuvimos que hablar de los “RECORTES” en Educación y Sanidad que se han llevado a cabo en los últimos tiempos.

Mi madre sigue trabajando con esa jornada laboral reducida, aunque el trabajo es de jornada completa o más, cobrando como reducida, cosa que no entiendo, y que para mí es injusto.

Por todo esto, me gustaría decir a los políticos en general que tomen nota de lo que no han hecho bien, como ha sido la “REFORMA LABORAL”, que se debería derogar, ya que ha perjudicado a los trabajadores con más horas de trabajo y menores salarios, ha beneficiado a las empresas con “ERTES” y “ERES,” que se les ha permitido, cuando en realidad tienen más trabajo, pero lo realizan con menos personal y peores salarios.

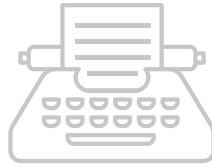
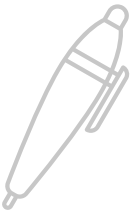
Este relato es un agradecimiento a mis ABUELOS Y A TODOS LOS ABUELOS, que durante esta “CRISIS” han sido el sostén de mu-



chas familias, porque sin ellos no sería posible soportar esta situación. También es una crítica a las políticas llevadas a cabo durante la “CRISIS”, que han perjudicado al débil y beneficiado al poderoso.

Lo escrito en este relato tiene algo de ficción, pero la mayor parte es real.

Y colorín colorado... ¡este cuento se ha acabado!



Relatos para una educación financiera crítica

#consumistorias